

LA RAMILLETERA DEL MERCADO DE LOS INOCENTES.

Drama en cinco actos y seis cuadros, precedidos de un prologo, arreglado á la escena española por D. Manuel Garcia Gonzalez, *para representarse en Madrid el año de* 1862.

PERSONAJES.

Enrique iv.	Souvré.
Santiago.	Margarita.
Enrique.	Leonora Coucini.
Coucini.	La mariscala de Angre.
Vitry.	María de Médicis.
Bassompierre.	Luis xiii.
Tavanne.	Maria Coucini.
Dapier.	Glorieta.
Courtois.	El Delfin.

Señoras, damas, cortesanos, pueblo.

La escena en Paris, años 1610 y 1616.

PRÓLOGO.

El gabinete del rey.

Gabinete muy elegante en el Louvre, que da al fondo a una galeria.—Puerta a la derecha que conduce a la habitacion de la reina.—Ventana ancha a la derecha.—Mesa cubierta de papeles.—Uno de los tapices levantado deja ver, en la galeria, guardias y lacayos.—Souvré y algunos señores aparecen en escena.

ESCENA PRIMERA.

Souvré, Chabot, D'Epernon, *despues* Enrique, María de Médicis, Vitry, Bassompierre, *cortesanos, pajes, damas, etc.*

Souv. Señores, hay novedades. Ahora mismo, en la capilla, la Galigay no ocupaba su plaza de camarista!

Los señores. De veras!

Vitry. *(Apareciendo en la galeria en alta voz.)* El rey! *(Hay un gran movimiento en la galeria. Entran los oficiales de guardias, los cortesanos. Vitry capitan de guardias, los pajes, despues Enrique dando el brazo á Maria y seguidos de Bassompierre y de las damas de honor.)*

Rey. *(Continuando hablando con Bassompierre.)* Esas armas que me pedis para vuestra compañia, haré que se os den por nuestro gran maestrante de artilleria.

Bas. M. de Sully obedecerá sólo á una órden firmada por V. M.

Rey. Yo mismo iré á dar esa órden á su arsenal. Señores D'Epernon, de Chabot y de Souvré, vosotros me acompañareis. En nuestra carroza habrá sitio para todos vosotros. Saldrémos del Louvre á las tres. *(Todos los cortesanos se inclinan al salir del gabinete del rey, dejando solo á este y á la reina.)*

ESCENA II.

El Rey *y* María de Médicis.

(La reina ha permanecido fria y silenciosa, separando la vista cada vez que el rey se acerca á ella.)

Rey. *(Aparte.)* Desde esta mañana no me ha dirigido una palabra. La tormenta se viene encima. *(Viendo á la reina que se va)*. Os volveis á vuestra habitacion, señora?

Méd. *(Secamente)*. Voy á enviar á uno de mis pajes al palacio de Coucini. Quiero saber por qué no ocupaba Leonora, en la capilla, su puesto de primera dama de honor.

Rey. *(Secramente)*. Leonora Galigay no tiene ya que ocupar puesto alguno en nuestra córte, y se le ha prohibido que se presente en el Louvre.

Méd. Ah! ese es el último golpe que me reservábais, señor; yo no tenia más que una amiga que me era fiel, y me la quitais! Asi me probais, y más duramente aún esta vez, que ya no me amais, si es que alguna vez me habeis amado.

Rey. *(Con dulzura)*. Maria, sois injusta, y sobre todo olvidadiza.

Méd. Oh! no, no olvido nada de lo que me habeis hecho sufrir. ¿no me habeis sacrificado á madama de Beaufort, á madama de Moret, y á otras cien rivales más indignas, á las que olvidábais á su vez por queridas que no os atreveis á confesar?

Rey. Maria!

Méd. Negais que esta noche habeis salido del Louvre, para correr en pos de alguna nueva aventura?

Rey. Vamos, ya veo que madama de Vitry os ha dado su informe. Pero al menos no dejaré que vuestro demonio florentino continúe introduciendo entre nosotros el odio y la discordia. A no ser por esa mujer, me hubiérais perdonado mis primeras faltas, y yo, atraido por vuestra indulgencia, las habria rescatado á fuerza de

cuidados y de amor. Os amaba mucho; os amo aún, María; cómo he de olvidar que sois madre de mis queridos hijos?... Ah! teniais en mí un buen esposo, y me echareis de menos cuando ya no exista... Mirad... estoy seguro de que volvereis á ser para mi buena y tierna, cuando esa Leonora no esté entre nosotros.

MÉD. Pero estais decidido á que no vuelva á mi lado?

REY. Tan decidido, que Bassompierre va ahora mismo á llevarle la órden de salir de Paris antes de esta noche, y de Francia antes de tres dias.

MÉD. Ah! no hareis eso, caballero; no quiero que Leonora parta; soy la reina, y no lo consentiré.

REY. (*Friamente tomando una pluma de la mesa*). Partirá.

ESCENA III.

DICHOS y BASSOMPIERRE.

BAS. (*Llegando por el fondo*). Señora, las mujeres de los mercados, queriendo celebrar vuestra consagracion, traen un ramillete á V. M. He dicho á esa buena gente que espere en la galería.

MÉD. (*Bruscamente*). Habeis hecho mal, caballero; podeis despedirlas á todas. No quiero recibir á nadie, lo ois, caballero? á nadie.

REY. Bassompierre, obedeced primero á la reina, y volved en seguida á recibir mis órdenes. (*Bassompierre saluda y vase por el fondo*).

ESCENA IV.

EL REY y MARÍA DE MÉDICIS.

(*El rey va á una mesa y escribe.*)

MÉD. (*Que le ha seguido con la vista, corre a la mesa*). No dareis esa órden de destierro... no la dareis...Leonora es mi amiga de la infancia. Nunca se ha separado de mí... Oh! decidme que no me dejará.

REY. Esa mujer os engaña con su fingida ternura. No ama en vos mas que vuestro poder. Tengo además la prueba de que su marido, no contento con las riquezas y favores de que le colmais, se ha vendido al extranjero. Concini es un traidor á quien yo podria, á quien deberia hacer ahorcar, y al que sólo destierro por consideraciones á vos. Yo no soy jóven, quién sabe lo que me queda que vivir?... No quiero dejaros á vos ni á mi hijo rodeados de esa gente.

MÉD. Admiro vuestra sábia prevision, caballero. Temeis por la seguridad de vuestro reino y la influencia de una pobre mujer, de una extranjera; y para perseguir, para castigar á un rival que os disputa y os roba á la señorita de Montmorency, no vacilariais en hacer la guerra á la Europa entera, aunque debiéseis perderos tambien, y perder la Francia con vos.

REY. (*Con dignidad*). Suplícoos, señora, que no mezcleis con nuestras pequeñas pasiones, con nuestras miserables querellas, los grandes intereses de la Francia; de la Francia, que quiero hacer poderosa y fuerte entre todas las naciones que la amenazan ó la envidian. Por eso recluto soldados, y por eso iré yo mismo á mandar el ejército que se está reuniendo. Pero al abandonar mi casa, no quiero dejar en ella traidores vendidos á mis enemigos, y esta órden de destierro me servirá de garantía contra sus felonías.

MÉD. (*Cogiendo el brazo del rey*). No, no firmareis esa órden.

REY. (*Severamente*). Olvidais, señora, quién sois, y sobre todo, quién soy yo?

MÉD. (*Exasperada*). Os digo que no firmareis. (*Arranca el papel y va á romperlo*).

REY. (*Friamente*). Hacedlo señora, y no será á un destierro donde envie á vuestros florentinos, sino al verdugo. (*María, aterrada deja escapar el papel de su mano; despues, estallando en sollozos, cae en un sillon*). María, María, ya sabeis que vuestras lágrimas me hacen mal... Vamos, sed razonable... María... y os concederé...

MÉD. (*Vivamente*). La gracia de Concini?

REY. No... pero un sobreseimiento.

MÉD. No partirán?

REY. Hoy no. (*Entra Bassompierre*).

MÉD. (*Mirándole con espanto*). Mr. de Bassompierre viene á buscar la órden de destierro, y esa órden...

REY. (*Recogiéndola*). Ahí la teneis, rompedla.

MÉD. Oh gracias, señor, gracias. (*La rompe*).

REY. (*Bajo á María*). Si el rey perdona, perdonareis al esposo?

MÉD. (*Dándole una mano, que el rey besa.*) Sí, sí... (*Entra en su habitacion*).

ESCENA V.

EL REY, BASSOMPIERRE.

REY. (*Viendo que Bassompierre mira los pedazos de papel*). He sido muy débil, no es verdad? Habia resistido á la cólera de la reina, y he cedido á las lágrimas de la mujer... He hecho mal... Esos Concini son mis enemigos, y serán funestos para mí. Tengo presentimientos fatales... Yo, que no pensaba en la muerte, la siento venir. Y sin embargo, necesito vivir aún para mi reino de Francia, para mis hijos. (*Alto, viendo que se mueve el cortinaje del fondo*). Hay alguien en la galería?

BAS. Sí, señor; ahí está Margarita, vuestra *ahijada*, con su futuro marido, que segun dice, está empeñada en presentar á su padrino.

REY. La buena Margarita! Ya la habia olvidado. Dila que entre. Voy á salir ahora mismo; te he prometido ir al arsenal y hablar por ti á M. de Sully. (*Para sí*). Necesito aire además; esa querella con la reina me ha hecho mal. (*Durante las últimas palabras, Bassompierre ha levantado el cortinaje del fondo, é introduce á Margarita, Santiago y Enrique.*)

ESCENA VI.

EL REY, MARGARITA, SANTIAGO, ENRIQUE, BASSOMPIERRE.

REY. Acércate, Margarita, y sé bien venida. Ya sabes que habiéndote visto ayer, por casualidad, en el mercado de las flores, te reconocí al cabo de tantos años, y te ofrecí mi proteccion.

MARG. Y yo os doy un millon de gracias, padrino, porque si vos no me hubiérais recibido, lo que es la reina, no tenia tales intenciones.

REY. (*Señalando á Santiago*). Es tu novio ese?

MARG. (*Cogiendo de la mano á Santiago*). Sí, padrino; Santiago Bonhomme, maestro zapatero, y ropavejero además.

SANT. (*Bajo á Margarita*). Os atreveis á hablar asi á un rey!

MARG. Ese rey es mi padrino.

REY. Y un padrino debe dar un regalo de boda á su ahijada. Para otorgárselo os he hecho venir, maese Santiago. Vamos á ver, acercaos.

MARG. Vaya, no tengais miedo.

REY. Decidnos qué deseais.

SANT. Oh señor! ahora que tengo á Margarita, no deseo nada.

REY. Bien, pero quiero daros alguna cosa.

Sant. Señor Majestad, no os molesteis por mí; con Margarita seré dichoso, y con mi trabajo seré rico.
Rey. Bien dicho, maese; y para que lo seais más pronto, os concedo el privilegio de zapatero de la casa real.
Marg. Gracias, padrino mio.
Sant. ¡Caramba! Calzar una cabeza coronada! Ese sí que es honor!
Rey. Además, como es preciso que mi ahijada lleve un dote, ahí tienes un bono de cien libras que irás á cobrar á la intendencia.
Marg. Gracias, padrino.
Sant. Cien libras! Es un dote de princesa!
Rey. Estás contenta?
Marg. (*Mirando á Enrique que se ha quedado en el fondo.*) Sería muy ingrata si no lo estuviese; sin embargo, aún tengo que pediros algo. Qué quereis? El apetito viene comiendo, como dice el refran.
Rey. Qué mas quieres?
Marg. Presentaros mi protegido; ya sabeis, padrino, el jóven pintor de que os hablé ayer.
Rey. Que habita el cuarto encima del tuyo?
Marg. Con su madre, que sólo vive de su trabajo. Vamos, acercáos Sr. Enrique; enseñad al rey el retrato que de él habeis hecho, y que íbamos á ofrecer á la reina cuando nos cerró su puerta.
Rey. Acercáos, amigo mio.
Sant. (*A Enrique*). Vamos, no tembleis así. Ya veis como yo no he tenido miedo.
Marg. No es verdad que está bien, padrino?
Bas. (*Mirando el retrato.*) En efecto, la semejanza es admirable.
Rey. De que retrato mio lo habeis copiado?
Enr. Señor, no he tenido para ayudarme, más que un pequeño grabado bastante mediano: pero habia tenido muchas veces ocasion de ver á V. M., y despues tenia tambien los recuerdos de mi madre, que me corregia cuando iba á extraviarme.
Rey. Para conocerme tan bien vuestra madre, vivirá en Paris hace mucho tiempo?
Enr. Sí señor.
Marg. Y siempre en la misma casa, no es verdad, señor Enrique?
Enr. En esa casa he nacido.
Rey. Y qué edad teneis?
Enr. Veinticuatro años, señor.
Rey. Veinticuatro años! Y..... cómo se llama vuestra madre?
Enr. Martina Merian.
Rey. (Ella! ella su madre!... Es mi hijo!...)
Sant. (Calla! Cómo mira el rey á Enrique!)
Rey. Bassompierre, conducid á Margarita á la intendencia, y acompañad á Santiago á que visite las galerías del Louvre. Yo me quedo con tu protegido, Margarita; quiero tambien ocuparme de él.
Marg. (*A Santiago*) Eh! qué tal? (Mira si he hecho bien en traer á Enrique). (*Alto.*) Padrino mio, habeis sido para nosotros bueno como Dios, pero no dais con ingratos, no es verdad, Santiago?
Sant. Oh! ya lo creo! Bien podeis contar, señor, con que jamás habreis sido más querido, ni habreis estado mejor calzado.
Marg. Hasta luego, Sr. Enrique. Servidora vuestra, padrino! El corazon de Margarita es vuestro... tanto, que quisiera ser la reina para poder abrazaros.
Rey. El abrazo de una jóven es siempre un favor, hasta para un rey. Si mi barba gris no te da miedo, abrázame mi querida niña.
Marg. De veras? Lo permitís?... Pues allá va. (*Le da un abrazo*). Ahora nadie volverá á abrazarme.
Sant. Eh! Pues y yo?
Marg. (*Sin escucharlo*) Hasta luego, padrino. (*Se lleva á Santiago y vase con Bassompierre*).

ESCENA VII.

El Rey, Enrique.

(*El rey mira silenciosamente á Enrique.*)

Rey. (*Con emocion*) Me habeis dicho Martina Merian? Ese nombre de Merian era el nombre de familia de vuestra madre? Cómo se llamaba vuestro padre?
Enr. Mi padre?
Rey. Sin duda era un artista.
Enr. No señor... era un soldado, un bravo soldado. Se llamaba Enrique como yo.
Rey. (*Levantándose*) Enrique.... Enrique. .. (*Se detiene, despues vuelve á caer en su sillon y mira á Enrique con ternura*). Y... qué os ha dicho vuestra madre del que se llamaba Enrique como vos?...
Enr. Me ha dicho, que durante nuestras guerras civiles, y antes de mi nacimiento, la dejó para abrazar vuestra causa, y que debió morir, puesto que no habia vuelto. Me dió el nombre de mi padre, y me amó como le amaba, y como le ama aún.
Rey. Decís que le ama aún?
Enr. Ha guardado eternamente su memoria. Y si ella ha tenido tan presentes las facciones de V. M., si ha podido ayudarme á reproducirlas tan fielmente, es porque...
Rey. Acabad, amigo mio.
Enr. Es porque mi padre se os parecia, señor. Por eso mi digna madre, antes que la enfermedad se lo impidiese, buscaba todas las ocasiones de ver á vuestra majestad: muchas veces, perdida conmigo en la multitud, me decia señalándome al rey cuando pasaba: «Mírale bien, hijo mio, mírale bien, porque nuestro buen rey Enrique IV se parece mucho á tu padre. Cuando ya no exista, hijo mio, ámale por amor á mí.»
Rey. (*Enjugando una lágrima*) (Se ha acordado del soldado, y no ha querido apelar al recuerdo del rey... Santa y digna mujer!) (*Mirando á Enrique.*) Ni aún me ha pedido nada para él... para él!) (*Alto.*) Acercaos, hijo mio, quiero recomendaros á mi primer pintor. Trabajareis en mi Louvre.
Enr. Señor, cómo he merecido?...
Rey. No sois hijo de un hombre que ha muerto por mi causa?... Decid á vuestra madre, que el rey Enrique IV quiere, en memoria del soldado Enrique encargarse de vuestro porvenir; decidle que os agrega á su persona, y que desea veros todos los dias. Enrique... quiero ver tambien á vuestra madre.
Enr. Ay, señor, su debilidad no la permitirá...
Rey. Venir á verme? Pues bien, yo iré á verla... Una de las ventanas de vuestra casa debe dar á la calle de la Ferroniere?
Enr. Sí señor.
Rey. Pues bien, hoy saldré á las tres, pasaré por esa calle, mi carroza irá despacio... decid á vuestra madre que se asome á la ventana... si no se cansará, y yo la veré... la veré.
Enr. Ah! señor!... (*En el momento en que Enrique se inclina con gratitud, se levanta uno de los tapices, y un niño, de unos diez años, se detiene en el dintel al ver á un extraño. Este niño es el Delfin.*)

ESCENA VIII.

El Rey, Enrique, Luis.

Enr. (*Volviéndose*) Ese niño?...
Rey. Ese niño se llamará un dia Luis XIII, y será vuestro

rey. Le sereis fiel, no es verdad, Enrique, me lo jurais?

ENR. Os lo juro, señor.

REY. Luis... ven, hijo mio... ven. (*Luis se acerca mirando timidamente á Enrique.*) Mira bien á ese jóven.

LUIS. (*Mirándole fijamente.*) Sí, padre.

REY. Cuando yo no exista, Luis, y tú seas rey... protege á ese jóven, ámale, hijo mio, ámale por amor á mí.

LUIS. Sí, padre.

REY. Dale á besar tu mano.

LUIS. Tómala. (*Enrique hincando una rodilla, besa la mano del Delfin, que le mira sonriendo, mientras el rey parece bendecir con el corazon á sus dos hijos.*)

REY. (*A Enrique.*) Id, amigo mio, y decid á vuestra madre que el rey se ha acordado del soldado. (*Vase Enrique.*)

ESCENA IX.

VITRY, EL REY, *despues* BASSOMPIERRE, D'EPERNON, COUCINI, *señores, etc., etc.*

VIT. Señor, todo está pronto para la partida de vuestra majestad. Tendré el honor de mandar la escolta?

REY. (*Severamente.*) No quiero escolta, y os prohibo me sigais, caballero. Supongo no tendreis algun otro relato que hacer á la reina? (*Aparece D'Epernon y los otros señores designados para acompañar al rey.*) Estais prontos, señores?.. Muy bien.

UGIER. (*Anunciando.*) El señor marqués de Coucini. (*Movimiento del rey.*)

REY. (Se atreve á venir!... á presentarse ante mí!)

BAS. (*Bajo señalando á Coucini.*) Qué manda vuestra majestad?

REY. (*Bajo.*) Contra ese hombre? Nada. Cumpliré la promesa hecha á la reina. Bassompierre, llevad al Delfin al lado de su madre. Ahora vamos al arsenal á ver á M. de Sully que está enfermo. Partamos, señores. (*Vase sin haber mirado á Coucini.*)

ESCENA X.

COUCINI, VITRY.

COU. Estoy perdido, M. de Vitry!

VIT. Y yo en desgracia, caballero!

COU. Vos volvereis al favor... se os perdonará.

VIT. El rey no tiene nada que perdonarme, á no ser mi exceso de celo. Soy para él un servidor fiel y decidido.

COU. Como yo, caballero.

VIT. Así lo espero. (*Rumores fuera.*)

COU. Qué es eso?

VIT. (*Mirando por la ventana.*) Es el rey que parte.

COU. (Ya era tiempo.) (*El ruido se va alejando.*)

ESCENA XI.

DICHOS, BASSOMPIERRE *entrando del fondo.*

COU. (Leonora está con la reina, y sólo la reina puede salvarnos.) (*Se dirige hácia el departamento de la reina.*)

BAS. Una palabra, señor de Coucini.

COU. Qué me quereis, caballero?

BAS. Daros una noticia bastante desagradable.

COU. De veras?

BAS. En el momento en que el rey subia á su carroza, le entregaron un mensaje... Vuestro íntimo amigo M. Maignat...

COU. (Maignat!...)

BAS. Acaba de ser conducido á la Bastilla... y el rey manda que os sirva de prision el Louvre.

COU. Prenderme!... A mí!...

BAS. Señor marqués... entregadme pues vuestra espada...

COU. Mi espada!...

LEO. (*Saliendo del cuarto de la reina.*) Conservadla, caballero.

COU. (*Con alegria.*) Leonora!

ESCENA XII.

DICHOS, LEONORA.

BAS. Madama de Coucini ignora que yo hablo en nombre del rey?

LEO. El rey ha concedido un sobreseimiento!

BAS. Lo sé... pero tengo nuevas órdenes.

LEO. Que no llevareis á cabo sin haber visto á la reina, que os espera en su cámara.

BAS. Me someteré, como debo, á los deseos de su majestad... Pero, hasta que regrese el rey, señor capitan de guardias, respondeis de M. de Coucini. (*Bassampierre entra en la habitacion de la reina, á la derecha.*)

LEO. Señor de Vitry, teneis la palabra del señor marqués de no dejar el Louvre sin consentimiento del rey... y no hareis á mi esposo la injuria de dudar de una palabra que os da... En desgracia hoy, serémos mañana poderosos tal vez, y nos acordarémos, señor de Vitry, nos acordarémos. Idos! (*Vitry saluda, y vase.*)

ESCENA XIII.

LEONORA, COUCINI.

COU. En verdad, Leonora, admiro vuestra calma; no se trata de un destierro del que se puede volver, sino de la Bastilla, del suplicio tal vez. No comprendeis que estamos perdidos?

LEO. Perdidos!... sí, si nos abandonamos á nosotros mismos, si no sabemos hacer frente á la borrasca. Cómo! Porque en nuestro camino se presente un obstáculo, porque nos amenace un peligro, porque tengamos, en fin, que sostener una lucha, os hallais sin fuerzas y sin energía? He hecho de vos el señor más rico de la córte de Francia, y quiero hacer... y haré de vos el más poderoso del reino; defenderé contra todos ese crédito, ese poder que nos disputan, y que quieren que perdamos; olvidaré que no soy más que una mujer, puesto que no os acordais ya de que sois un hombre.

COU. Señora!

LEO. Oh! sí, teneis el valor que hace empuñar una espada, que afronta las balas y corre al campo de batalla; pero el verdadero valor, caballero, es el que resiste á la voluntad de un déspota; el que arrostra el furor de un pueblo delirante; y ese valor, yo le tendré, caballero, sí, yo le tendré.

COU. Leonora, no contais con la proteccion de la reina, con el imperio misterioso que ejerceis en su ánimo?

LEO. Cuando la princesa María se creia condenada en Florencia á una miserable alianza, se nos hizo una prediccion; le anunciaron que llevaria la más bella corona del mundo, y es reina de Francia! Pero tambien le dijeron, que otro destino estaba unido al suyo, y que Leonora Galigay, que se elevaba con ella, la arrastraria fatalmente en su caida. María no nos dejará caer.

COU. Creeis en esas necias predicciones?...

LEO. Como creo en el talisman que os di el dia de nuestro casamiento.

COU. (*Riendo.*) Ah! esa vieja medalla bizantina...

LEO. Que me ofrecisteis guardar siempre.

COU. (Si supiera el uso que he hecho de ella, y que ya no está en mi poder!)

LEO. Esa medalla, preciosa por su rareza, me la dió el gran duque, padre de María.

COU. Si se ha predicho una corona á María, qué se os ha predicho á vos?

LEO. Que mi marido seria primer ministro, mariscal, y que yo tendria una hija que seria amada del hijo de un rey.

COC. Ah! Leonora, para que esas locas predicciones pudiesen cumplirse, seria preciso...

LEO. Qué?

COC. Seria preciso que el rey no volviese á entrar en el Louvre... (*Y espero que no entrará.*)

LEO. No os comprendo, caballero...

COC. Chis!... la reina!

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIA DE MEDICIS.

MÉD. (*Mirando á la ventana.*) Mucho tarda el rey!

LEO. Qué podeis temer?

MÉD. No sé... pero jamás he deseado tanto el regreso del rey. (*Rumores fuera.*) Qué pasa en el patio del Louvre? Qué rumor es ese?

LEO. Es el rey que vuelve, señora.

COC. Suben precipitadamente la escalera grande!

MÉD. Ah! voy á saber!...

ESCENA XV.

DICHOS, VITRY, *pálido y aterrado, que llega casi sin aliento, y se detiene al ver á la reina.*

MÉD. (*Mirándole.*) Vitry! Señor de Vitry! Ha sucedido alguna desgracia!... Es á mi hijo!

VIT. No, señora?

MÉD. Ah! Es al rey!

VIT. Por qué me prohibió seguirle! Yo hubiera estado como siempre á su lado... y á mi me hubiesen herido.

MÉD.
LEO. } El rey.
COC.

MÉD. Herido!... Está herido!... Dejadme! Dejadme! Quiero verle! (*Oyese fuera el ruido de las alabardas; despues estas palabras:* EL REY.)

LEO. Tranquilizaos, señora.

COC. (*Con espanto.*) El rey!

LEO. (*Aparte. Mirando á Concini.*) Qué pálido está!

ESCENA XVI.

DICHOS, D'EPERNON *y los demas señores entran silenciosamente y con la cabeza descubierta; despues* BASSOMPIERRE *llevando de la mano al Delfin, seguido de guardias y de una multitud de cortesanos.*

MÉD. (*Al ver al Delfin que corre hacia ella llorando.*) Ah! el rey ha muerto!

VIT. El rey ha muerto! Viva el rey!... Viva Luis XIII!

SEÑ. Viva Luis XIII! (*Sacan sus espadas y las extienden sobre la cabeza del jóven rey.*)

PRIMER CUADRO.—SANTIAGO BONHOMME.

El interior de una tienda de ropavejero.—Puerta a la izquierda que conduce a la habitacion de Santiago.—Chimenea a la izquierda.—Mesa con cajon.—Muebles rústicos.—Oyese fuera como el ruido de un motin.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, ENRIQUE.

MARG. (*En el fondo.*) Van á despertar á Santiago con sus gritos.

ENR. (*Cerca de la puerta de Santiago.*) Tranquilizaos, Santiago continúa descansando. No ha oido nada. (*Se dispone á salir.*)

MARG. (*Deteniéndole.*) A dónde vais?

ENR. A ver á los que se sublevan gritando: «Abajo el mariscal de Ancre! Abajo los Concini!» Esos valientes son los verdaderos amigos del rey Luis XIII, y mi puesto está entre ellos.

MARG. No salgais, Enrique, os lo ruego. El ruido se aleja; la guardia suiza ha dispersado los grupos.

ENR. No por eso dejaré de ir á la cita.

MARG. A qué cita?

ENR. Mirad, Margarita, á vos la ahijada del difunto rey, puedo decíroslo todo; á vos que habeis guardado tan bien su memoria en vuestro corazon.

MARG. Ciertamente.

ENR. Pues bien, sabed pues que, gracias á mi y algunos bravos soldados, antiguos servidores del rey Enrique, en todos los barrios de la ciudad se forma y aumenta cada dia un verdadero ejército que en nombre de Luis XIII se sublevará, y cuando haya llegado el momento, echará abajo á los insolentes favoritos de la reina regente.

MARG. Echar abajo á los Concini! Ya lo han intentado, aunque en vano, señores muy poderosos: por otra parte, el rey Luis XIII, aunque tiene la edad de un hombre, no es más que un niño todavía. Todo el mundo lo dice.

ENR. Como lo sabe? Nadie puede acercarse á él, sólo le rodean personas adictas á la reina, ó más bien, vendidas á Concini. Nosotros le harémos rey para que aprenda á reinar.

MARG. Si, y os matarán. No os expongais, mi buen Enrique.

ENR. Quiero cumplir un juramento hecho al rey... obedecer la última voluntad de mi madre.

MARG. Vuestra pobre madre... estaba en su ventana cuando se detuvo desgraciadamente la carroza del rey.

ENR. Si, el golpe que hirió al rey le hirió tambien á ella, que no pudo sobrevivir á tan horrible dolor, y murió diciéndome: «Véngale, Enrique, véngale!»

MARG. Pero el asesino fué castigado y el miserable declaró, sostenido en medio de la tortura, que no tenia cómplices.

ENR. Tenia uno, sin embargo.

MARG. Le conoceis?

ENR. Oh! si yo hubiese podido seguir su huella!... Aunque hubiese sido caballero, aunque hubiese sido príncipe, no habria tenido tregua ni descanso hasta no cumplir la tarea que me he impuesto. Pero yo sé de uno que conoce á ese cómplice.

MARG. Quién?

ENR. Santiago.

MARG. Santiago? Oh! Pobre hombre! Sabe ahora lo que dice? De resultas de la muerte del rey y del triunfo de los Concini, ya no puede celebrarse el casamiento entre nosotros; se le ha probado que el traje que llevaba el asesino lo compró en su casa el dia mismo del asesinato; y aunque su inocencia fué reconocida, su cabeza ya débil, no ha podido resistir á seis años de prision en un horrible calabozo, no como culpable, sino como loco... ahora descansa, y sólo tiene algunos momentos de calma y tranquilidad.

ENR. Y al volver aquí lo ha reconocido todo?

MARG. Como si nunca hubiera salido de casa.

ENR. Oh! Entonces confio en Dios que se acordará.

MARG. Sabia alguna cosa?

ENR. Si, cada vez que yo iba á verle, y cuando estaba seguro de que nos hallábamos solos, me decia estas palabras: «Dicen que hay un cómplice... eran dos... dos... dos...» y cuando procuraba que me dijese algo más, me respondia: «Chis! Nos están escuchando!... y nos matarian!»

Despues volvia á hablar de cosas indiferentes. (*Llaman.*) Han llamado.

MARG. Quién va?

(*Una voz de mujer.*) No temais, soy yo.

MARG. Y quién sois vos?

(*La voz.*) Yo, Glorieta.

MARG. Ah! La señorita Glorieta... Entrad, entrad, y sed bien venida.

ESCENA II.

DICHOS, GLORIETA.

GLO. Las calles están llenas de gente... he tenido que rodear mucho para venir del Louvre aquí... pero queria saber de mi protegido.

MARG. Qué buena sois! Dejar la córte para venir á casa de unos pobres como nosotros!

GLO. No porque viva en palacio he dejado de ser lo que era, hija de una buena aldeana que tuvo el honor de ser nodriza de un rey. La pena acabó con la pobre mujer, y si yo he resistido ese mal, ha sido porque Dios me ha hecho alegre.

MARG. Si Dios ha puesto la risa en vuestros labios, ha puesto tambien la caridad en vuestro corazon.

GLO. Bien, bien, no hablemos de eso. Vengo del Louvre, del cuarto del rey. Sólo delante de mi se atreve á llorar.

ENR. y MARG. } Llorar!

GLO. Oh! Con mucha frecuencia! Y cuando le pregunto por qué, hace un esfuerzo para sonreirse, y me dice: «por nada... Vamos, ven á jugar, Glorieta...» y se pone á jugar, pero con los ojos llenos de lágrimas, que trata de ocultar.

ENR. Y os habla del difunto rey?

GLO. De su padre? Jamás!

ENR. Jamás!

GLO. Sin embargo, estoy segura que siempre piensa en él. Cuando detuvieron al asesino, le cogieron la mitad de una medalla de bronce... No sé cómo ha podido apoderarse de ella Luis, pero la guarda como un recuerdo fúnebre... Él mismo la ha ocultado en la cámara del difunto rey... Muchas veces, cuando Luis sabe que su madre está fuera del Louvre... entra solo, siempre solo, en la habitacion de su padre, que está cerrada para todo el mundo, y que ha permanecido tal como estaba cuando llevaron al rey Enrique... y siempre que sale de esa cámara, está más sombrio que cuando entró

MARG. No es verdad que detesta á los Coucini?

GLO. No dice nada de ellos ni de nadie; el pobre niño desconfía de todo el mundo, porque sabe que está rodeado de enemigos...

ENR. Tambien tiene amigos, y amigos decididos.

GLO. Sí, pero no en el Louvre.

ENR. No, pero en el pueblo, y yo soy del pueblo... oh! si pudiese verle, hablarle!

GLO. No os dejarán que os acerqueis... siempre hay alguno que vigila... M. de Vitry, por ejemplo... el capitan de guardias, que no deja al rey... y M. de Vitry es el alma condenada del mariscal.

ENR. Sin embargo, es preciso que yo vea al rey.

GLO. Entonces esperad.

ENR. Esperar?

GLO. Lo que él mismo tal vez espere.

MARG. Qué?

GLO. Que cumpla sus catorce años.

MARG. Sí, dentro de algunas semanas, ya será mayor de edad.

ENR. Será rey!

GLO. Siempre será un niño! En fin, tendrá más libertad. Ayer se hablaba ya en el Louvre de una partida de caza que el mariscal queria organizar para el rey en Vincennes.

ENR. Cuando?

GLO. No sé... Ahora que ha cesado el ruido, y están las calles más tranquilas, me voy.

MARG. Sin ver á Santiago, que se alegraria tanto de veros?

GLO. Si quiere dar gracias á su verdadera libertadora, será preciso que vaya al convento de las Carmelitas.

ENR. De las Carmelitas!

GLO. Sí, allí es donde está la señorita de Coucini.

MAR. Calla!.. allí es donde Enrique va todos los dias á pintar, y allí donde ha visto... á una jóven tan bella... tan bella... que ha hecho de memoria su retrato... yo lo he visto en su taller... (*A Enrique.*) Os advierto que andeis con cuidado.., en el convento de las Carmelitas sólo se educan jóvenes ricas y nobles. (*Dan las ocho.*) Os vais? (*Viendo que Enrique toma su capa y su sombrero.*)

ENR. Sí... voy á reunirme á los que me esperan. (*Bajo.*) Mañana volveré á hablar á Santiago, y ver si puedo apelar á sus recuerdos. (*Estrecha la mano de Margarita, saluda á Glorieta, y vase precipitadamente.*)

ESCENA III.

MARGARITA, GLORIETA.

MARG. Os habeis quedado?.. Gracias por Santiago.

GLO. Sé que me expongo á que me riñan si vuelvo tarde al Louvre... pero tal vez no tenga otra ocasion de volver á casa... Vamos, ese Santiago, por quien tanto os interesais, es un pariente, no es cierto?

MARG. No, es mi novio.

GLO. Vuestro novio! Pero no os dejarán casar con un loco!

MARG. Pues bien, entonces me quedaré soltera, y Santiago tendrá por hermana á la que no ha podido ser su mujer. Pero la locura del pobre Santiago es tan dulce como inofensiva... mirad, parece que se ha despertado.

SANT. (*Dentro.*) Margarita... Margarita...

MARG. Ya lo veis, siempre pensando en mi... Aquí estoy, amigo mio.

ESCENA IV.

DICHOS, SANTIAGO.

SANT. Margarita... oh! Cuánto bien me hace el veros... Hace poco he tenido una pesadilla... Me parecia que estaba en un cuarto oscuro como un calabozo... que tenia cadenas en los piés y en las manos... y que despues de haberme hecho mal... oh! mucho mal... me habian arrojado moribundo sobre un monton de paja húmeda y... Oh! Todavía estoy temblando. (*Se acerca á la chimenea.*) Era una pesadilla, porque al abrir los ojos, me hallé en mi habitacion, tendido en mi cama, y despues oi vuestra voz. Ah! Por qué me acosté tan temprano?

MARG. Porque estabais cansado.

SANT. Cansado? Ah! Sí, aún tengo los miembros como tullidos... y sin embargo, necesito trabajar. (*Viendo á Glorieta.*) ¿Quién es esta señorita?

MARG. Es...

GLO. Soy una amiga de Margarita, señor Santiago.

SANT. Una amiga suya?.. Entonces lo sereis mia, y vendreis á nuestra boda.

MARG. (*Aparte.*) Su boda!

SANT. Oh! Vereis cómo nos divertimos... Beberémos á la salud del padrino, no es cierto? (*Viendo que Margarita y Glorieta lloran en vez de reir.*) Pero por qué llorais en vez de alegraros?

MARG. Llorar... vosotras?.. No por cierto... pero no vais á trabajar?
SANT. Sí, sí (*Se coloca en la banquilla, toma las herramientas, y las mira como si no supiese que hacer de ellas.*)
MAR. Vamos, que teneis?
SANT. Yo?.. No se qué tengo.
MARG. No son esas vuestras herramientas?
SANT. Sí.. pero... vamos, ya no se servirme de ellas... (*Ruido fuera. Con terror.*) Que ruido es ese?
GLO. Son los gritos de los sublevados.
MARG. Y se oyen muy cerca de aquí. (*Llaman.*) Ah! han llamado á nuestra puerta.
SANT. No abrais! No abrais!.. ocultadme, Margarita, ocultadme, vienen a prenderme!
ENR. (*Dentro.*) Soy yo, Enrique.
MARG. Enrique! Oh! Que entre! (*Abre la puerta. Entra Enrique llevando en sus brazos a una jóven próxima a desmayarse, y cuyo rostro le oculta un velo.*)
ENR. Margarita, socorred á esta jóven que acabo de salvar de la muchedumbre que la amenazaba, y que tal vez me viene persiguiendo, pero esta puerta es fuerte, y no podrán echarla abajo. (*Pone dos ó tres muebles delante de la puerta, mientras Glorieta y Margarita conducen á la jóven al lado de la chimenea. Santiago se ha ido huyendo a su cuarto.*)

ESCENA V.

MARGARITA, MARÍA, GLORIETA, ENRIQUE.

MARG. No tembleis así, señorita.
GLO. Qué os ha sucedido?
MAR. Salí de mi convento para ir á reunirme con mi madre, que ahora me quiere tener á su lado... Una multitud furiosa, reconociendo, segun creo, la carroza y la librea, empezó a maltratar, y puso en fuga á mis lacayos, obligándome a bajar del carruaje... Ya empezaban a amenazarme, y me habrian matado tal vez, á no haber sido por la poderosa proteccion de ese jóven, que acudió á mi socorro...
MARG. (*A Enrique.*) Habeis hecho una buena accion.
ENR. (*Que escuchaba a la puerta.*) Creo que han perdido nuestras huellas... el ruido se aleja... Sin embargo, no seria prudente que esta señorita salga tan pronto de esta casa.
MARG. Ya lo creo! Cuando haya pasado el peligro para vos, señorita, me direis adonde es preciso llevaros.
MAR. (*Descubriendose.*) A casa de mi padre, al palacio Coucini!
GLO. La señorita María. (*Reconociendola.*)
ENR. (*Con emocion.*) Ella!
MAR. (*A Glorieta.*) Pero yo os he visto en alguna parte!
GLO. Sí, señorita.
MARG. (*Bajo á Enrique.*) No me engaño, es vuestro ángel del convento de las Carmelitas.
ENR. (*Bajo.*) Callaos, por favor, callaos.
GLO. En la cámara de la reina, señorita.
MARG. Sí, el dia en que pedisteis á su majestad el perdon de un loco, de Santiago.
MAR. Sí, ya me acuerdo.
MARG. Pues bien, estais en su casa.
MAR. Sí?
ENR. Y nosotros, sus amigos, os bendecimos, señorita.
MAR. Al contrario, yo soy la que os estoy obligada, caballero. A no ser por vos, qué hubiera sido de la pobre María? (*Ruido fuera.*)
MARG. Otra vez? Os habrán perseguido hasta aquí?
GLO. Oh! ahora no tenemos nada que temer; he oido el ruido de las armas, y la voz de M. Vitry, el capitan de guardias.
LA VOZ DE VITRY. Atrás! Atrás! Plaza al señor mariscal de Ancre.
LA VOZ DE COUCINI. En nombre del rey, abrid!
MAR. Oh! es mi padre... mi padre que viene en mi ayuda. (*Enrique ha abierto la puerta.*)

ESCENA VI.

DICHOS, COUCINI, VITRY, *guardias y pueblo en la calle.*

MAR. (*Corriendo á su padre.*) Padre mio!
COU. (*Bruscamente.*) No me engañaron al indicarme esta casa.
MAR. (*Vivamente.*) Donde he hallado un asilo, y defensores.
COU. Ah! esos descreidos pagarán caro el susto que te han dado... Señor de Vitry, que vuestros hombres castiguen implacablemente á esa chusma popular, que no atreviéndose con nosotros, insultan cobardemente á nuestras mujeres y nuestras hijas.
MAR. (*Con dulzura.*) Yo me he asustado sin motivo... No me han hecho ningun mal,... y en vez de pensar en castigarlos, harias mejor, padre mio, en dar gracias á los que han venido en mi ayuda.
COU. Quienes son?
MAR. Ese jóven que me ha protegido, y esa mujer que me ha ocultado y dado auxilio.
COU. Que se presenten mañana en mi palacio, y pagaré como es debido el servicio que te han hecho.
MARG. Pagarnos!
MAR. (*Vivamente á Margarita y á Enrique.*) No sé, amigos mios, qué recompensa podrá ofreceros mi padre, que iguale al favor que me habeis hecho... (*Mirando á Enrique.*) Os doy gracias... (*Mirando á Margarita.*) y me acordaré.
MARG. Gracias, señorita. (*Tomando la mano de María.*)
COU. Ven, María.
GLO. Voy á aprovecharme de la escolta para salir de aquí. (*Vanse todos.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE, MARGARITA, *luego* SANTIAGO.

ENR. (*Mirándolos salir, y aparte.*) Hija de los Coucini! Vamos, yo soñaba y me despierto.
MARG. Ah! Dios bendiga á la hija, y confunda al padre! (*Mirando a su alrededor.*) Pero y á todo esto, que ha sido de Santiago?
SANT. (*Asomando la cabeza.*) Aquí estoy... Me oculté bajo mi lecho... Se han ido?
ENR. Y MARG. Sí.
SANT. Me buscaban para matarme, no es verdad?
MARG. No.
SANT. Oh! sí, yo lo sé.
MARG. (*Aparte.*) (Pobre muchacho! Ya le ha vuelto la locura.)
SANT. Me matarian, Margarita, para que no diga...
ENR. Y MARG. Qué?..
SANT. (*Así mismo.*) Eran dos... dos... dos.
ENR. (*Bajo a Margarita.*) Ya lo ois. Quiere hablar de ese cómplice desconocido para todos, y que sólo él conoce... (*A Santiago.*) Vamos á ver, Santiago, tranquilizaos. Esos hombres no os buscaban, os lo juro; ningun peligro os amenaza. Ya no estais en la prision, donde no os atreveis á hablarme.

SANT. Sí, porque detrás de las paredes habia oidos que escuchaban, y ojos que veian.
ENR. Pues bien, aquí nadie os ve, nadie puede oiros.
SANT. Oh! sí!
MARG. Además, yo estoy aquí, y aunque sólo soy una mujer, no sufriria que os hiciesen daño... Tranquilizaos, y oid bien lo que Enrique va á preguntaros.
SANT. Bien, lo haré así... si es que puedo.
MARG. Pobre muchacho!
ENR. Santiago, he tomado sobre mi una tarea que en vos solo tal vez consiste que la lleve á cabo... Santiago, sois un hombre honrado, y amábais á nuestro buen rey Enrique?
MARG. Oh! sí, mucho le queriais, Santiago.
SANT. Sí... sí... era su padrino... y yo le queria... Si lo hubiese sabido, le habria dicho: «Tened cuidado, tened cuidado con el hombre de la máscara!»
ENR. y MARG. El hombre de la máscara!
SANT. Sí, tenia una máscara de terciopelo, y acompañaba al hombre de Angulema... Era por la mañana... no.... era el 14 de Mayo de 1610... yo habia estado en vela por vos, Margarita... Oh! era un caballero, un señor, un gran señor!... y sin embargo, me robó!
ENR. y MARG. Te robó?
SANT. En lugar de un ducado que me debia, me dió entre el cambio una medalla que le faltaba la mitad... Pero á qué viene todo esto?... Ya es tarde... dejadme que trabaje.
ENR. (*A Margarita bajo.*) Ah! ese es el indicio, la huella que yo buscaba!
MARG. Cómo?
ENR. (*Bajo.*) La señorita Glorieta nos hablaba aquí hace poco de la mitad de una medalla hallada al asesino, y que conserva nuestro rey.
MARG. Y bien?
ENR. (*Bajo.*) Uniendo, comparando esas dos mitades, nos aseguraremos primero de la complicidad del caballero enmascarado, y despues llegariamos tal vez á descubrir al cómplice.
MARG. Sí, sí, teneis razon. (*A Santiago.*) Santiago, Santiago, dónde está la mitad de esa medalla?
SANT. Eh?...
MARG. Ese pedazo de la medalla que os dió el caballero?...
SANT. Ese pedazo?...
MARG. Tal vez lo habrá perdido... lo habrá tirado!...
SANT. (*Sonriendo.*) Perdido?... No.
ENR. Ah! os acordais?
SANT. Sí.
ENR. Y la teneis?
SANT. Sí.
MARG. Ah! nosotros la buscarémos, Enrique, revolverémos, si es preciso, toda la casa.
SANT. (*Mirándolos.*) Oh! que vengan, que vengan á buscarla, nada hallarán!
MARG. y ENR. Nada.
SANT. Nada!... Cuando me dijeron que podrian prenderme por haber vendido un traje al hombre de la calle de la Ferronier, cuando supe que le habian cogido la mitad de una medalla igual á la que yo tenia, tuve miedo. Y para que no la hallasen en mi casa, fuí á ocultarla...
MARG. A dónde, á dónde?
ENR. Donde quiera que la hayas ocultado, mi buen Santiago, tú me lo dirás.
SANT. Sí.
ENR. Ahora mismo.
SANT. (*Levantándose.*) Sí.
ENR. Vamos.
SANT. Vamos... (*Deteniéndose.*)
ENR. Y bien, qué os detiene?
MARG. Por qué temblais así?
ENR. Por qué palideceis, Santiago? Por qué no vamos?
SANT. Ir?... Adónde?
ENR. Dónde habeis ocultado esa prueba que busco?
SANT. (*Cogiéndose la cabeza con las manos.*) Ah! Dios mio! Dios mio!
ENR. Por qué llorais?
SANT. Porque quiero acordarme y no puedo; porque con mi memoria conozco que se me va la cabeza!... Oh! yo he estado loco, y no me lo habeis dicho... Sí, sí, mi cabeza arde... mirad, yo soy bueno, y dentro de poco conozco que voy á enfurecerme... idos, idos... no quiero haceros daño.. á vos sobre todo, Margarita... Oh! encerradme, atadme!... (*A Enrique.*) Atadme para que no le haga daño á ella...
MARG. Santiago, amigo mio, calmaos!
ENR. Y sobre todo, Santiago, recordad vuestra memoria, recordadla!
SANT. (*Cuyo delirio va en aumento.*) No sé lo que me pedis, no oigo lo que me decis!... Salvadla, salvadla... yo estoy loco... loco! Siempre loco! (*Cae desmayado á los piés de Margarita, que da un grito de espanto.*)

CUADRO SEGUNDO.—LOS DOS HERMANOS.

La cámara del difunto rey.—El lecho real á la izquierda.—A la derecha, al fondo, una ventana grande, por donde entran los rayos de la luna, únicos que iluminan la sombria y real estancia.—A la izquierda, en segundo término, al lado de la cama, y sobre un pedestal de mármol negro, el busto velado del rey Enrique, de mármol blanco, y colocado de modo que reciba los rayos de la luna.—A la derecha, en primer término, una puerta oculta por un portier.

ESCENA PRIMERA.

(*Al alzarse el telon, la cámara está sola, y reinan en ella el silencio y la oscuridad. Una tapiceria levantada, da paso á un hombre que entra vivamente, como si temiese ser perseguido. Este hombre es Enrique.*)

ENR. No me han seguido... no... (*Escucha.*) Los pasos que oigo son los de Glorieta, de Glorieta que me ha guiado hasta aquí. Nadie puede venir, porque nadie entra en esta cámara, donde hace seis años trajeron al rey Enrique ya cadáver. Nadie, excepto el rey, y el rey duerme. Si alguno me hubiese visto deslizarme hasta aquí, en la sombra, me habria tomado por un culpable... Pero sólo tenia esta noche para llevar á cabo lo que quiero hacer... El rey Luis, agradecido al servicio que le he prestado, ha mandado que me trajesen al Louvre, y me cuidasen como á su propia persona. El mismo se ha dignado ir tres veces á asegurarse de mi cura, hasta que ayer, viéndome casi restablecido ha dado órden la reina madre de que deje hoy mismo el Louvre. La medalla que buscais, me dijo Glorieta, fué ocultada por el rey Luis, debajo del busto de mármol blanco... Levantad el busto, ved lo que quereis ver, y despues volved á ponerlo todo en su sitio. Verémos: la luz de la luna me alumbrará. (*En este momento se oye el grito de un centinela que dice* «CENTINELA, ALERTA!» *Enrique se detiene. Una nube viene á colocarse entre él y los rayos de la luna, y Enrique se queda un momento perdido en la vasta y sombria cámara. En fin, la luna vuelve á aparecer, y deja ver el busto blanco.*) Debajo del busto de mármol, ha dicho Glorieta; ese es el busto. Vamos. (*Retrocede otra vez y presta atencion.*) Oigo pasos por este depar-

tamento, y esta vez no es Glorieta; quién podrá ser?.. (*Se oculta detrás de un gran sillon colocado cerca del busto.*) El rey!

ESCENA II.

ENRIQUE, LUIS XIII.

(*Luis vestido de negro, y con la cabeza descubierta levanta la tapiceria. Lleva en la mano una bujía de cera, que pone encima de la cómoda á la derecha, al entrar.*)

LUIS. El sueño es para mi esta noche un suplicio.. En mis sueños... siempre traidores, enemigos siempre... oh! Los conozco!.. pero qué puedo contra ellos? En quién apoyarme para combatirlos? Preciso es esperar, esperar siempre!

ENR. (*Bajo.*) Qué dice?

LUIS. Preciso es que se me crea un niño; preciso es que se me crea incapaz para que no me dejen que sea rey. Oh! pero yo lo seré, y entonces trataré de ser digno de ti, padre mio; pero hasta entonces dame valor, dame sobre todo paciencia.

ENR. (*Con alegria.*) Ah!

LUIS. Pero aun cuando esa hora haya sonado, qué podré yo solo contra todos? Dónde hallaré un corazon fiel y decidido?

ENR. (*Apareciendo.*) No ois latir el mio, señor?

LUIS. Ah! sois vos, Enrique?.. si, si, ya me acuerdo de lo que habeis hecho por mí!.. pero no debiais estar fuera del Louvre!.. Qué veniais á hacer aqui?

ENR. Lo mismo que vos, señor. He venido á orar y llorar.

LUIS. (*Sorprendido.*) Vos!

ENR. Tambien venia á buscar una huella que me permitiese descubrir un gran crimen, y castigar un gran culpable.

LUIS. Qué quereis decir?

ENR. Una inspiracion providencial os ha hecho guardar y ocultar á todos los ojos, la mitad de una medalla hallada sobre el asesino... la otra mitad pertenecia á su cómplice.

LUIS. Habia un cómplice! Y mi padre no ha sido vengado!

ENR. No, señor!

LUIS. Ah!

ENR. Pero es preciso que lo sea, y Dios, que ya me ha permitido que dé con la huella del crimen, hará que halle tambien la del culpable. Entonces os diré: «Ése es, señor, podeis castigarle.»

LUIS. Si, si, pero quién me prueba que tú no me engañas? Quién me prueba que acaso venias á apoderarte de esa medalla para entregarla ó destruirla?

ENR. Yo, señor!

LUIS. Ya lo ves, desconfio de todo el mundo... hasta de mi madre!.. Y esa desconfianza será el suplicio de toda mi vida! Oh! Pruébame, pues, que no eres mi enemigo.

ENR. Esa prueba que me pedis, señor, voy á dárosla. Os acordais del 14 de Mayo de 1610?

LUIS. Si, me acuerdo, me acuerdo!

ENR. Os acordais, cuando al abrazaros por última vez vuestro padre el rey Enrique, os indicó á un jóven en extremo conmovido?.. «Mira bien á ese jóven, os dijo el rey, y cuando yo no exista, protégele, ámale por amor á mi.»

LUIS. Si, si, ya me acuerdo... ese jóven eras tú.

ENR. Algunos momentos despues, una mujer á quien el rey no habia visto, y á la que quiso volver á ver; una mujer pálida y moribunda, habiase asomado á su ventana para saludar con el corazon y la mirada al rey, que pasaba en su carroza, y que levantaba la vista hácia ella. Aquella mujer vió herir al rey, y el mismo golpe la mató. En su agonía le dijo á su hijo con el más profundo dolor: «No me llores, olvidame, pero véngale, él es tu rey, es tu padre!»

LUIS. Y esa mujer?

ENR. Era mi madre...

LUIS. Tu madre!

ENR. Vos sereis rey de un gran pueblo, señor.. yo no seré nada, no seré otra cosa que el mas humilde de vuestros súbditos; pero ya sabeis que toda mi sangre es vuestra, puesto que es sangre real!..

LUIS. (*Levantando á Enrique, y echando una mirada al busto.*) Yo le amaré, padre mio!.. Le amaré, puesto que ahora somos dos para vengarte!.. (*Las manos de ambos jóvenes se extienden hácia la imágen real. Cae el telon.*)

CUADRO TERCERO. — LA BOHARDILLA DE MARGARITA.

ESCENA PRIMERA.

(*Margarita, sola, arreglando y limpiando los muebles. Santiago, trabaja en el fondo, en un terrado lleno de flores, y de enredaderas.*)

MARG. Ea, ya está todo arreglado. Ahora demonos prisa á tener lista la cena para Santiago. Pobre muchacho, con qué afan trabaja! Desde su último acceso de locura, no tiene más que una idea; la de hacer un calzado de boda; no bien ha concluido un par, cuando en seguida empieza otro: lo menos ha hecho ya veinte pares, que en seguida guarda con gran cuidado.

SANT. (*Dentro.*) Margarita, Margarita, estais ahi, no es verdad?

MARG. Si, amigo mio, estoy haciendo vuestra cena.

SANT. Mi cena... ah! Todavia no la he ganado! (*Pónese á trabajar con más afan.*)

MARG. No teneis frio, Santiago?

SANT. Frio?.. No, siempre tengo demasiado calor.

MARG. (Todavia tiene fiebre.) (*Alto.*) Es que el aire viene del Norte, y no tendria nada de extraño que tuviésemos una helada, ó que nevase. (*Santiago se queda trabajando en el terrado, Margarita baja á la escena.*)

ESCENA II.

MARGARITA, GLORIETA.

GLO. Margarita?

MARG. Quién va?.. ah! Sois vos, señorita Glorieta?

GLO. Estais sola?

MARG. Si.

GLO. Y... en ese cuarto?..

MARG. No hay nadie. Santiago está trabajando allí en el terrado, y no os ha visto entrar.

GLO. Pero Santiago habita con vos?

MARG. Si, cuando le vi tan enfermo, lo traje á mi casa, donde lo cuido como á un hermano, como á un niño; pero Santiago es inofensivo, podeis hablar.

GLO. Temerosa de que me siguiesen los soldados de la mariscala, no quise subir á casa de Enrique, y como sé que su taller comunica con esta habitacion, he subido á vuestra casa.. Quereis avisar á Enrique que estoy aqui?

MARG. Preguntais por Enrique? No está en el Louvre?

GLO. Si ha salido hace tres dias. No lo sabiais?

MARG. No, no sabia nada. Acaso puedo dejar un momento á Santiago?

GLO. Pero Enrique no ha vuelto á su taller?

MARG. No... Dios mio! Si le habrá sucedido alguna desgra-

cia! (*Enrique entra bruscamente, y cierra la puerta del taller.*) Ah! Ahí está.

ESCENA III.

DICHAS, ENRIQUE.

ENR. Chis! Ved si hay alguna persona sospechosa por ahí fuera.

MARG. (*Inclinándose sobre el terrado.*) No veo á nadie en la calle.

ENR. Les he hecho perder mi huella. (*Cayendo en una silla.*) Respiro... Vos aquí, señorita Glorieta?

GLO. Sí... he venido por vos.

ENR. Por mí?

MARG. Ante todo, decidnos por qué no habeis venido á vuestra casa durante tres dias?

ENR. Porque sabia que me expiaban, que me seguian. Oh! la mariscala tiene á sus órdenes una policía terrible! Si supieseis cuantos lazos me han tendido! Hay uno, sin embargo, en el que por poco caigo. Uno muy infame, y muy cobarde. En el retiro donde me refugié al principio, llegó hasta mí una carta... era de la señorita Concini.

GLO. De María?

ENR. Sí, la mariscala habia intentado hacer de esa casta y pura jóven, la cómplice de un asesinato, porque era para matarme, lo sé, pára lo que la mariscala queria atraerme á su palacio.

MARG. Jesus me valga! Y decis que yo me parezco á esa mujer!

ENR. Oh! Lo habia calculado hábilmente, porque el lazo fué en extremo tentador. Así es que mi primera idea fué obedecer á la dulce voz que me llamaba, y luego, ví claro. Cuando adiviné la asechanza que se me preparaba en aquella cita, me dieron ganas de lanzarme á aquella casa que debia ser mi tumba, y decir á María: «Me habeis llamado, aquí estoy, vengo á morir.»

MARG. (Cómo la ama!)

ENR. Os doy lástima, no es cierto? Pero sufro tanto, que algunas veces envidio la locura de Santiago.

GLO. Pobre jóven!

SANT. Margarita! Margarita! Estais ahí?

MARG. Sí, sí, aquí estoy, y ahora mismo voy á arreglar mis flores, y os acompañaré. (*Va á sentarse en el escalon que va de la habitacion al terrado.*)

ENR. Olvidemos todo eso, y habladme del rey.

GLO. He venido á buscaros de órden suya.

ENR. De órden suya?

GLO. Busca á Enrique, me dijo; llévale este anillo, es la joya más preciosa de mi tesoro, porque fué recogido por mí de la mano ya helada de mi padre.

ENR. De la mano... de... (*Aparte besando el anillo.*) (De mi padre!) (*Alto.*) Oh! Sí, sí, este anillo vale para mi más que todos los diamantes de la corona de Francia! Decid al rey, que jamás podré pagarle lo que hace por mí, aun dándole mi propia vida. Añadid que esta misma noche se reunirán por última vez los que están citados para libertar al rey; que mañana al amanecer cuatro mil hombres armados romperán las puertas de su real prision, ó se harán matar hasta el último. (*Bajando la voz.*) Decidle tambien, que si Dios me ayuda, habré hallado de aquí á mañana la otra mitad de la medalla. (*Margarita se acerca.*)

GLO. Nada olvidaré... Hasta mañana, y que el cielo os proteja.

ENR. Hasta mañana.

GLO. Adios, Margarita. (*Vase Glorieta.*)

ENR. Y Santiago está mejor?

MARG. Sí.

ENR. Loado sea el cielo! Así podré, sin temor, intentar otra prueba.

MARG. Qué quereis de Santiago?

ENR. Interrogarle... saber en fin...

MARG. Oh! No, no quiero que se le atormente. Acordaos de la crisis que tuvo el otro dia.

ENR. Margarita, es preciso que yo hable á Santiago; es preciso.

MARG. Sí, pero habladle cariñosamente, y no le atormenteis.

ENR. Ahí viene.

ESCENA IV.

ENRIQUE, MARGARITA, SANTIAGO, *entrando.*

SANT. Vamos, á fe mia, he empleado el dia bien...

MARG. Cómo os sentis esta noche, amigo mio?

SANT. Perfectamente.

MARG. No os sentis cansado? No os duele la cabeza?

SANT. Mi cabeza? Ni siquiera la siento... ah! Sois vos, señorito Enrique. Cuánto tiempo hace que no se os veia!

ENR. Es que yo tambien he trabajado mucho.

SANT. Ah! Y en qué?

ENR. He hecho algunos ensayos en el grabado.

SANT. Ola, ola... se pueden ver?

ENR. Precisamente traigo conmigo mi última obra.

SANT. A ver... á ver...

ENR. Oh! es poca cosa... la copia de una medalla... (*Santiago se levanta bruscamente.*)

MARG. y ENR. Y bien, qué teneis, Santiago?

SANT. Yo?.. nada.

ENR. (*Haciéndole sentar nuevamente.*) Con que no quieres ver mi trabajo?

SANT. Sí... sí...

ENR. Mira. (*Le coloca la medalla ante la vista. Santiago la toma vivamente, y temblando.*) Conoces por ventura ese asunto?

SANT. (*Sonriendo con indiferencia.*) Cualquiera diria que es cera.

ENR. Sí, la copia está en cera, pero el modelo es de bronce. ¿No adviertes que aquí no hay más que la mitad de una medalla?

SANT. Sí... sí...

ENR. La otra mitad ha sido cortada, perdida tal vez... y yo daria diez años de mi vida por hallarla.

MARG. Santiago, no os recuerda esa mitad el pedazo de bronce que el caballero enmascarado os dió por un ducado?

SANT. Era tan viejo, que apenas se veia lo que habia en él.

ENR. Mira!

MARG. Mirad bien, Santiago.

SANT. Ya veo... ya veo... esto representa una batalla...

ENR. Te engañas es una degollacion.

SANT. Sí, es verdad, aquí estan los soldados que matan á los pobres niños en brazos de su madres.

ENR. Es la degollacion de los Inocentes.

SANT. De los Inocentes... de los Inocentes... ah! Ya me acuerdo, ya me acuerdo!

ENR. En fin!

MAR. De veras! Oh! Santiago, mi buen Santiago!

ENR. Habla, habla!

SANT. Los Inocentes... sí... sí... cuando tuve tanto miedo, cuando me escapé de la casa sin saber dónde iba... y entré en el cementerio de los Inocentes... caí al pié del Calvario... y allí oculté la medalla... sí, allí... allí...

ENR. Oh! Santiago, estás bien seguro?

SANT. Sí, sí, desde aquí creo ver el sitio donde la escondí...

era al pie del Calvario, debajo de un escalon roto... oh! desde aquí le estoy viendo.

Marg. (*A Enrique que se dispone á salir.*) A dónde vais, Enrique?

Enr. Al cementerio de los Inocentes. Allí es donde deben reunirse... El cementerio está guardado por los nuestros, y nadie penetrará en él sin dar el santo y seña! «Todo por el rey!» Voy á saber si Santiago ha dicho verdad...

Sant. Dónde vais, Enrique?

Enr. A los Inocentes!

Sant. A los Inocentes! Yo iré contigo, Enrique.

Marg. Misericordia! Quereis salir?

Sant. Oh! No me detengas, Margarita. Ahora he recobrado mi memoria, mi razon... Una palabra me las ha devuelto; pero mañana, dentro de un momento ya no me acordaré.

Marg. Os faltarán las fuerzas, Santiago...

Sant. Oh! Dios me las dará para ir hasta allí. Pero es preciso ir pronto, correr, correr mucho... no perder un momento.

Marg. Amigo mio.

Sant. Margarita, Margarita, déjame partir, no me des tiempo para olvidar... ven, Enrique, ven. (*Vase llevándose á Enrique.*)

ESCENA V.

Margarita *sola, despues* **Leonora, Villars-Houdan, Tavanne.**

Marg. Oh! Yo no puedo dejarle correr así sin mi por las calles de Paris. Tal vez se perderia al volver. Sé el santo y seña... iré tambien al cementerio de los Inocentes y traeré á casa á Santiago. Tomaré mi manto y mi capucha... es cuanto necesito. (*Va á tomarlos y se detiene á escuchar.*) Me pareció haber oido gente. Habrá alguien en el taller de Enrique?.. (*Escuchando.*) Oh! lo que es ahora he sentido pasos... no veo gota, voy á tomar luz. (*Entra en la habitacion de Enrique, sin haber visto á Tavanne y Villars-Houdan que han entrado, colocándose uno á la puerta de salida, y otro en el terrado. Momento de silencio... despues un grito lanzado por Margarita.*)

Vill. Cáspita! Guapa chica!

Tav. Vendrán Tavanne y sus hombres?

Vill. Sino, le ayudarémos.

Tav. Contra una mujer!.. ah! A fe mia, que lo hagan ellos solos. Veamos más bien si las gentes de la mariscala han podido pescar al paso á los dos hombres que salen de aquí. (*Se inclina hácia la ventana.*)

Vill. Y bien?

Tav. La noche está oscura como boca de lobo, no distingo nada, pero... oigo que corre gente por la calle. De seguro son esos dos hombres á quienes persiguen... Y la mujer?

Vill. (*Mirando al taller.*) Atada y bien sujeta.)

Leo. (*Sale vivamente del taller.*) Llevad esa mujer al palacio Coucini... me respondeis de ella con vuestra cabeza!.. Tavanne, Villars, idá poneros al frente de vuestros hombres, y cuando los conjurados estén reunidos.

Tav. Los cogerémos en el lazo. Avisarémos á M. de Vitry? Nos ayudará con sus guardias.

Leo. No... ahora desconfio de Vitry, y sólo quiero contar con vos. Podeis iros, señores. (*Vanse.*) Es preciso seguir á ese Enrique, espiarle, y sorprender sus secretos. Una vez detenido en mi palacio, ya no es de temer. Sé todo cuanto queria saber. Imprudente Coucini!.. Iban á perderte con esa medalla, pero yo te salvaré! Cómo penetrar en el cementerio? Cómo deslizarme en medio de esos rebeldes? Ah! Ya me acuerdo, esa mujer se me parece... Los mastines que matarán á la mariscala, dejarian pasar á Margarita... pues bien, con este manto, esta capucha... (*Pónese el manto y la capucha de Margarita.*) Para todos seré Margarita. Si, vamos; audacia!.. Santiago no irá al cementerio de los Inocentes, y yo iré! (*Vase.*)

Cuadro cuarto.—La sala de armas.

ESCENA PRIMERA.

Luis XIII, *solo; despues* **Souvré, Vitry, Cortesanos.**

Luis. Toda la noche he estado oyendo detonaciones por la parte de San Eustaquio, y nada he podido saber aún de lo que ha pasado. Y nadie me da noticia de Enrique, de Enrique que habrá pagado tal vez con su vida su leal adhesion. Oh! qué incertidumbre! Qué angustia!... (*Escuchando.*) Siento ruido de pasos, y voces en el patio de los Suizos. (*Se acerca con precaucion á una ventana y mira hácia afuera.*) Uniformes en desórden, arcabuces ennegrecidos, soldados heridos... Oh! se han batido, y yo no sé nada... nada... Ah! esto es intolerable! (*Llama vivamente en su timbre. Entra M. de Souvré.*) M. de Souvré, de qué procede todo ese movimiento en el barrio de los Suizos?

De Sou. Lo ignoro, señor.

Luis. (Se le ha prohibido hablar, como á los otros... Y Glorieta á quien no he visto? Qué habrá sido de ella? (*Alto.*) Decid al coronel de los suizos que venga á hablarme. Ah! al salir, dejareis la puerta abierta.

De Sou. Perdonad, señor.

Luis. Qué hay?

De Sou. Es que... segun mi consigna, esa puerta debe permanecer cerrada...

Luis. Y quién ha dado esa órden?

De Sou. La reina, señor.

Luis. Está bien! (*De Souvré se va.*) Reprímete, corazon, y no dejes ver á mis carceleros todo lo que sufro... No hay duda, algo ha ocurrido... Hay un movimiento inusitado en las escaleras y en las galerías... Parece que los pasos se dirigen hácia esta puerta... No, no... todos toman el camino que conduce al cuarto de la reina, y entre esos cortesanos no hay uno que diga: «Vamos á ver al rey.» (*De Souvré entra.*) Y bien, el coronel Galaty?..

De Sou. No lo he hallado, señor; estaba en la cámara de la reina.

Luis. (Siempre lo mismo!) Y M. de Vitry, el capitan de guardias, está tambien en la cámara de la reina? (*Entra Vitry con muchos cortesanos.*)

Vit. De allí vengo, señor, y he recibido sus órdenes.

Luis. Ejecutad las mias, caballero. Quiero salir á caballo.

Vit. Para ir adónde, señor?

Luis. A Paris, vive Dios!..

Vit. Es imposible.

Luis. Imposible!

Vit. La reina suplica á vuestra majestad que no salga del Louvre.

Luis. Y por qué?

Vit. La reina teme por vuestra majestad, porque hácia el lado del cementerio de los Inocentes ha habido una conmocion popular.

Luis. Pues qué ha pasado?..

Vit. Vuestra majestad puede preguntárselo á la reina.

Luis. Que venga aquí!

Paje. (*Anunciando.*) La reina, el señor mariscal de Ancre.

Luis. (*Con espanto.*) El mariscal!

Cou. (*A Vitry.*) Dejadnos, caballero!

ESCENA II.

DICHOS, MARÍA DE MÉDICIS, COUCINI.

VIT. Sí, monseñor. (*Parece retirarse; pero medio oculto por una tapicería, asiste á la escena, testigo mudo y apasionado.*)
COU. Señor! (*Se inclina ligeramente.*)
LUIS. Señor D'Ancre, yo os habia confiado el gobierno de la Picardia. Quién os ha llamado?
COU. Nadie.
LUIS. Así pues, habeis regresado sin órden alguna?
MÉD. Luis, el regreso del mariscal tiene su excusa en la adhesion que os profesa.
LUIS. En efecto, lo habia olvidado.
MÉD. Qué teneis, Luis? Estais pálido.
LUIS. Oh! no es nada, señora, un poco de fiebre de resultas de una mala noche.
MÉD. No estoy contenta. No os distraeis bastante.
LUIS. Distracciones aquí?
COU. Creo, señor, que no os faltan... Teneis la música, la equitacion, el villar, la caza en las Tullerías; y la reina os ha hecho dar la semana última unos cañones lindísimos con los que podeis batir las pequeñas fortalezas que se han construido en el jardin expresamente para vos. Allí teneis el sitio de Soissons en miniatura...
LUIS. Sí, juegos de niño.
COU. Juegos de vuestra edad, señor.
LUIS. Lo creeis así?
MÉD. No sois aún un niño, mi querido Luis? Ah! No querais envejecer, hijo mio; muy pronto conocereis las penas, los sufrimientos, las desgracias, tal vez.
LUIS. Si la edad es quien los da, ya soy demasiado viejo.
MÉD. Qué decís?
LUIS. Digo, que á esta hora deberia estar ante Soissons con la espada en la mano, y al frente de mis valientes y fieles soldados.
COU. Perdonad, señor, antes de aprender á mandar, es preciso aprender á obedecer, y vos necesitais aún de preceptores. Habeis aprendido desde mi partida muchas cosas nuevas?
LUIS. Muchas.
COU. Ah! me alegro en el alma.
LUIS. He sabido que no se habia vengado aún á mi padre.
COU. (Qué dice!)
MÉD. Luis, el asesino fué castigado con la muerte.
LUIS. El asesino tenia un cómplice.
COU. El Parlamento no le halló!
LUIS. Pues el Parlamento no supo buscarle. Y yo, que no soy más que un niño, he hallado ese cómplice.
MÉD. Teneis algunas sospechas, algun indicio?
LUIS. A mi alrededor, señora, todo el mundo tiene sus secretos. Yo tengo el derecho de guardar los mios.
MÉD. Luis...
LUIS. A quién quereis que yo me confie, señora, cuando sólo estoy rodeado de enemigos y de traidores?
MÉD. Teneis enemigos, lo sé tan bien como vos, mejor que vos. Pero sin contar con la reina, la madre que os ama, teneis servidores celosos, súbditos fieles, y el primero de todos es el mariscal de Ancre.
LUIS. Qué más teneis que pedirme para él?...
MÉD. Un título que le permita vigilar de más cerca por vuestra real persona.
LUIS. No comprendo, señora.
COU. (*Presentando al rey un pergamino.*) Leed, señor.
LUIS. (*Leyendo.*) «Real órden que confiere á mi leal Coucini el mando general del Louvre.» Y me mandan firmar esto?
COU. Al instante.
LUIS. Pues bien, yo rehuso.
COU. Firmareis.
LUIS. Jamás!
COU. Firmareis, aún cuando yo debiese...
MÉD. Ah! Es el rey caballero, el rey!
LUIS. Dios mio! Dios mio! (*Vitry, con la mano en la espada se ha adelantado algunos pasos.*)
COU. (*Al verlo.*) Qué quereis?
VIT. Creí que el rey me habia llamado.
COU. Os engañais, caballero, salid!
VIT. (Oh! si me hubiese mirado solamente!...) (*Vase.*)
COU. (La mariscala tenia razon, he vuelto á tiempo.)
MÉD. Luis, hijo mio, quereis que mande llamar á vuestro médico?
LUIS. No, no, no llameis á nadie... Sufro, tengo una fiebre horrible, pero quiero estar solo.
MÉD. (*A Coucini.*) Esperad, mariscal.
COU. (*Bajo á la reina.*) Sin embargo, señora, necesito esa firma. (*Alto.*) Señor...
LUIS. Todavía! Más tarde, caballero, más tarde. Ya veis que mi mano tiembla, y que no podria firmar; no, no podria.
MÉD. Mariscal, yo obtendré vuestro perdon, y firmará, os lo prometo.
COU. (Firme ó no, de grado ó por fuerza, antes de una hora seré gobernador y dueño del Louvre.) (*Vase con la reina.*)
LUIS. (*Sólo, con rabia.*) Oh! he sido un cobarde! (*Se oculta la cabeza en sus manos, Glorieta aparece al otro lado de la ventana, ve que el rey está solo y llama con los dedos en los cristales.*) Quién llama á esa ventana?

ESCENA III.

LUIS, GLORIETA, VITRY.

LUIS. (*Viéndola.*) Glorieta! (*Corre á la ventana y la abre vivamente.*)
GLO. Buenos dias, señor.
LUIS. Qué camino has tomado por ahí?
GLO. El único que podia para llegar hasta vos.
LUIS. Explícate.
GLO. Cuando salí del Louvre para ir en busca de noticias, entré en él sin dificultad, mas de pronto, M. de Presle me ofreció con mucha galantería su brazo para conducirme á una habitacion, donde tenia órden de no perderme de vista; pero lo hizo tan mal, que me escapé ganando la escalera de servicio. Entré en un gabinete cuya puerta cerré tras mí, abrí la ventana que da al mismo balcon que esa, seguí el balcon, y aquí me teneis.
LUIS. Has visto á Enrique?
GLO. No señor, pero sé que se ha batido como un leon en el barrio de los Inocentes.
LUIS. Le habrán herido, muerto tal vez?...
GLO. Tranquilizaos, sólo está prisionero.
LUIS. Enrique en manos de Coucini! Está perdido!
GLO. Salvadlo, señor!
LUIS. Salvarle! Cómo?... Cómo?...
GLO. No sé, pero eso es cuenta nuestra. Yo he cumplido mi deber; que el rey cumpla con el suyo. Valor, pues, valor.
LUIS. Sí, lo tendré. Libraré á Enrique, ó morirémos juntos.
GLO. Bueno; yo concluiré por descubrir la prision donde le han encerrado, y vendré á decíroslo, señor, y aunque estuviese en la Bastilla, lo salvareis, señor, porque para eso sois rey.
LUIS. (*A sí mismo.*) Rey!

GIO. Si, ya ha llegado la hora de que llameis á vuestros partidarios. Ah! si yo estuviese en vuestro lugar, ya estaria fuera de aquí; y si hallaba las puertas cerradas, saldria por la ventana, lo cual no es difícil, puesto que yo, que no soy más que una mujer, he tomado ese camino para entrar.
LUIS. Callate, no estamos solos.
VIT. (*Entrando por el fondo, aparte.*) (Ah! esa ventana abierta.) (*Alto.*) Señorita, tened la bondad de decir á M. de Presle que me envie ahora mismo un cerrajero.
GIO. Un cerrajero! Y para qué?
VIT. Para clavar y condenar esa ventana, por la cual entran con demasiada facilidad algunas niñas muy lindas, que yo conozco.
GIO. Mandad á otro esa comision, caballero; en cuanto á mi, sólo obedezco al rey, lo cual no me impide ser vuestra servidora. (*Saluda riendo y vase.*)

ESCENA IV.

LUIS, VITRY.

VIT. Bien, iré yo mismo.
LUIS. Adónde, caballero?
VIT. Ya lo he dicho; á buscar un cerrajero que condene esa ventana.
LUIS. Os atreveriais á hacer eso?
VIT. Es órden del mariscal.
LUIS. Otra vez el mariscal!
VIT. El mariscal manda sólo en el Louvre.
LUIS. Sólo!
VIT. Sois el rey, señor; pero el mariscal es el amo, y yo obedezco al amo.
LUIS. Insolente!
VIT. Ile!
LUIS. Una palabra más, y os azoto el rostro con mi látigo de caza!
VIT. (*Con alegría.*) Ah! al fin hablais como hombre!
LUIS. Qué decis?
VIT. Digo, que hace poco salí de aquí desesperando de vos, y que ahora espero.
LUIS. No os comprendo, caballero.
VIT. Ah! Señor, al fin puedo quitarme la máscara que hasta aquí he llevado. Soy partidario vuestro hasta morir por vos, señor! Cuando os veia llorar como un niño, lloraba yo tambien, pero de cólera y de rabia!.. El corazon ha latido al fin, y el viejo Vitry que se hubiera hecho matar por vuestro padre, está pronto á dar por vos toda la sangre de sus venas.
LUIS. (Esto es extraño!)
VIT. Señor, el mariscal vuelve hoy con proyectos siniestros, determinado á tener al rey en su poder, como tiene el reino. Quiere hacer del Louvre una prision para vos, haced una tumba para él.
LUIS. No, no, no me aconsejeis eso. Le haré prender como culpable de alta traicion, y juzgar por mi parlamento.
VIT. El mariscal tiene amigos poderosos, numerosos servidores resueltos, y podriais sucumbir, señor. Ha merecido la muerte, que muera!.. Vacilais aún! Tened confianza, señor, porque hay á vuestro alrededor veinte caballeros unidos conmigo contra los Concini.
LUIS. Veinte... muchos son. Y quién me asegura?..
VIT. Ah! Señor, necesitais una prueba de mi fidelidad? Pues bien, esa prueba, voy á dárosla yo mismo, irrecusable, decisiva. (*Va á abrir una puerta lateral é introduce á Enrique.*)

ESCENA V.

DICHOS, ENRIQUE.

LUIS. Enrique!... libre!..
ENR. Si señor, gracias á M. de Vitry, que me ha sacado de manos de la mariscala, y conducido aquí.
LUIS. Enrique! Mi bravo Enrique! Ah! Abrázame.
ENR. Mi rey!
LUIS. (*En voz baja.*) Hermano mio!
VIT. Dudais aún, señor!
LUIS. Dadme vuestra mano, mariscal.
VIT. Ese título?
LUIS. Es el que Concini os ha usurpado, caballero, y que hoy mismo recobrareis. Y bien, Enrique, qué noticias hay?
ENR. Vengo á traer al rey la prueba que le habia ofrecido. (*Le presenta la mitad de la medalla.*)
LUIS. Dádmela... si... esta es... oh! Ahora yo buscaré y hallaré al cómplice.
ENR. Para ayudaros, señor, sólo tengo señas muy vagas que daros.
LUIS. Habla, habla.
ENR. En el dia 14 de Mayo de 1610, el asesino que fué descubierto y castigado, entró con otro hombre en casa de un ropavejero del barrio de los Inocentes..... Compró el traje que llevaba cuando fué detenido, y entre el cambio que dió á Santiago, se hallaba esta medalla, que partida entre los dos cómplices, habia sido para ellos una señal de union.
LUIS. Si, si, pero ese Santiago debe conocer al hombre que acompañaba al asesino: si no sabe su nombre, veria al menos su rostro.
ENR. No señor, porque aquel hombre llevaba una máscara de terciopelo, y no se la quitó.
LUIS. Dios mio! Será posible que se nos escape ese cobarde cómplice?..
VIT. No, porque ahora le conozco.
LUIS. y ENR. Vos?
VIT. Aquel dia, la casualidad, ó más bien mi adhesion á vuestro padre, me habia llevado tambien al barrio de los Inocentes. Yo estaba detrás de los pilares cuando el caballero de la máscara salió de casa de Santiago. El aire y las trazas de aquel hombre eran las de un señor de la córte, que yo habia visto en el Louvre. Lo que entonces fué una duda para mi, se ha vuelto una certeza. Ese nombre que Enrique no puede deciros, yo os le diré.
LUIS. y ENR. En fin!
VIT. Ese cómplice no podia Dios dejarle impune.
LUIS. y ENR. No, no.
VIT. Y Dios nos le entrega.
LUIS. y ENR. Su nombre! Su nombre!
VIT. Es el marqués de Concini, duque y mariscal de Ancre.
LUIS. y ENR. El!
LUIS. Oh! Hé ahi por qué yo le odiaba tanto!
ENR. (Su padre!) (*Alto.*) Señor de Vitry, la prueba! Necesitamos la prueba de lo que decis!
VIT. La prueba? Está en la declaracion que el mismo Santiago me ha hecho esta noche.
ENR. Santiago!
VIT. Si, Santiago, á quien han hallado ensangrentado, moribundo en las gradas del Calvario de los Inocentes, donde el pobre insensato fué á buscar esa medalla, en otro tiempo oculta alli por él mismo; me declaró que

habia sido herido per la mariscala, que no retrocedió ante un asesinato para reconquistar ese precioso indicio que Santiago pudo entregar afortunadamente en manos de Enrique.

ENR. Es verdad, es verdad!

VIT. Vacilaréis aún en castigar?

LUIS. No, no, Coucini morirá. Oh! Cara me ha de pagar la sangre de mi padre! No he de tener piedad ni lástima de ellos! Todos han de morir!

ENR. Todos?

LUIS. Sí, nada de perdon!

ENR. Sin embargo, yo voy á pedir uno.

LUIS. Tú?

ENR. Sí, el primer acto que firme vuestra mano no ha de ser una sentencia de muerte.

LUIS. Tu me imploras por Coucini! Tú! Tú! por Coucini que mató á mi padre! (*Bajo.*) Al tuyo, Enrique, al tu yo!

ENR. Señor, podeis ser justo y clemente. Os pido que me firmeis un salvo conducto, y os lo pido de rodillas con lágrimas del corazon; ese favor, esa gracia será la única que Enrique solicite de V. M.

LUIS. (*Levantándolo.*) Enrique, no puedo negarte nada, nada... excepto la vida de ese hombre. Es la vida de Coucini la que me pides?

ENR. No es él á quien quiero salvar.

LUIS. Entonces á quién?

ENR. A una pobre jóven á quien no podeis condenar.

LUIS. El nombre de esa jóven?

ENR. Su nombre está maldito... y sin embargo...

LUIS. Su nombre?

ENR. María Coucini.

LUIS. La hija del asesino!

ENR. Firmaréis ese salvo conducto?

LUIS. Yo?

ENR. Oh! Lo firmaréis, señor, porque esa jóven está inocente de todo crimen, y si ella muere, moriré.

LUIS. Pero por qué me ruegas así por ella?

ENR. Porque la amo!

LUIS. Tú! Pero qué esperas, qué quieres?

ENR. Nada espero; sólo quiero salvarla, ó morir con ella; y vos, señor, no podeis querer que yo muera.

LUIS. Morir tú... tú... Enrique! (*Va á la mesa y escribe.*) Oh! No, no, ten, ahí tienes lo que pides... Enrique, llévala el perdon, y tú, Vitry, haz justicia!

CUADRO QUINTO.—LA ESCALERA DEL LOUVRE.

ESCENA PRIMERA.

VITRY, GALATY, SAINT-GERAN, DE GUICHAIMONT. DE SOUVRÉ *y otros cortesanos.*

(*Al alzarse el telon, la gran escalera y la galería superior están llenas de cortesanos, repartidos en diversos grupos, y que parecen esperar á alguno. Vitry y Galaty entran por la puerta izquierda debajo de la escalera.*)

VIT. Me habeis comprendido, no es cierto, coronel? Aunque ese jóven sea portador de un salvo conducto firmado por el rey, detenedle en el Louvre, hasta nueva órden mia. (*Mas bajo*). Me asegurais que no tenemos nada que temer de vuestros suizos?

GAL. Nada.

VIT. Y si triunfásemos, serán de los nuestros?

GAL. Estarán, como yo, á las órdenes de S. M.

VIT. Está bien. (*Galaty vase por la derecha.—Ap.*) Una indiscrecion de Enrique, una palabra imprudente, podrian hacer sospechar á los Coucini, y Enrique, que está ahora bajo una buena guarda, no saldrá del Louvre hasta que hayamos concluido con el mariscal. (*Alto.*) Qué hay de nuevo, señores?

SAINT-GER. De Presle acaba de salir del Louvre.

VIT. Me alegro, es un enemigo menos en la plaza.

SAINT-GER. Dícese que ha ido á buscar refuerzos al Luxemburgo, y que van á doblar la guardia de palacio por órden de la reina madre.

VIT. Es una alarma falsa! La reina no da ya órdenes.

SAINT-GER. El mariscal continúa dándolas. Oís?

VIT. Qué es eso? Los tambores baten marchan...

SAINT-GER. Y sin embargo, el rey no ha salido.

VIT. Y la reina está en su cámara. A quién son esos honores?

ESCENA II.

DICHOS, LEONORA.

LEO. Al mariscal de Ancre, señores, al gobernador del Louvre, que pasa en el jardin de las Tullerías la revista de las tropas que ha traido consigo.

VIT. El señor mariscal no es aún gobernador del Louvre, señora.

LEO. Si no tiene aún el título, tiene el poder, y espera que hoy, cómo siempre, le prestareis buena y leal asistencia. El señor mariscal posee además dos talismanes irresistibles... el oro que recompensa, y el hierro que castiga. El mariscal puede contar con vosotros, no es cierto, señores?

VIT. (Insolente!)

LEO. Podeis estar seguros de que á cada uno pagará segun sus obras. Dos palabras, M. de Vitry.

VIT. (Paciencia!)

LEO. (*A media voz.*) Dónde está el prisionero que habeis hecho esta noche en el cementerio de los Inocentes?

VIT. Allí han preso á múchos... De qué prisionero habla la señora mariscala?

LEO. Torpe sois de memoria... Hablo de Enrique.

VIT. Enrique? Ah!... sí...

LEO. Dónde habeis conducido á ese hombre?

VIT. Al Louvre, señora.

LEO. Os advierto que ese Enrique es nuestro enemigo personal... No debisteis haberlo enviado al Louvre, sino al palacio de Ancre.

VIT. Señora, yo ignoraba que vuestro palacio fuese una prision de Estado... y sin embargo, habria debido recordar que ya guardais allí á una jóven, arrebatada violentamente de su casa, por órden vuestra.

LEO. Quén os ha dicho eso?

VIT. Santiago.

LEO. Santiago!

VIT. Sí... un pobre diablo que habian dejado por muerto al pié del Calvario de los Inocentes, donde fué acribillado á puñaladas por...

LEO. Por quién, caballero?

VIT. Por una mano desconocida, pero poco hábil, por fortuna para Santiago.

LEO. Volvamos á Enrique, caballero... á Enrique, á quien vais á hacer trasladar al palacio de Ancre.

VIT. Siento que eso sea imposible.

LEO. Imposible! Aun si yo os lo mando?

VIT. Aunque vos me lo mandeis, señora, no puede ser.

LEO. Y por qué?

VIT. Porque Enrique no está ya en el Louvre.

LEO. Y quién se ha atrevido á ponerle en libertad?

VIT. El rey, señora.

LEO. (Oh! ya sabia yo que este Vitry era un traidor!) (*Alto.*) María de Médicis es aún regente, y muy pronto sabreis, caballero, á qué dueño debeis obedecer. (*Empieza á subir la escalera grande.*) Desgraciado del que

no esté por nosotros y con nosotros! (*Ha llegado ante la ventana grande de la galería.*) Mirad, señores, mirad en el patio grande del Louvre. Si aquí hay conspiradores, han elegido mal su tiempo.. Hasta luego, M. de Vitry, hasta luego. (*Entra en la cámara de la reina.*)

SAINT-GER. (*Mirando á la derecha.*) La mariscala ha dicho la verdad, señores: la compañía de Tavanne se instala en el patio grande del Louvre. Ha sido enviada por Coucini, y ahora mismo, al atravesar las antecámaras, he visto á los guardias de la reina apuntando con sus arcabuces detrás de las ventanas.

DE SOUV. (*Corriendo por la derecha.*) Somos perdidos... M. de Villars-Houdan acaba de tomar posicion en el Puente-Tournant, y todos los puntos están ocupados por sus hombres.

SAINT-GER. El Louvre entero está en poder del italiano. ¿Qué decis á esto, Vitry?

VIT. Digo, que Coucini se hace esperar demasiado.

DE SOUV. ¿Creeis que nos sea aún posible hacer lo que habeis resuelto?

VIT. Yo no pregunto si es posible, señores, pero tengo una consigna, y la ejecutaré. El rey me ha dicho «mátale» y le mataré.

DE SOUV. La muerte de Coucini nos perderá á todos. Sus partidarios lo vengarán, y nosotros serémos sacrificados por el número.

VIT. Yo creia que los Souvré no contaban jamás sus enemigos... Señores, aquellos de vosotros que tengan miedo, que se retiren. (*Todos dan la mano á Vitry, que las estrecha.*) Gracias, señores. Hagamos nuestro deber, y suceda lo que quiera.

DE SOUV. Una palabra, Vitry. ¿Estais seguro de los suizos?

VIT. ¡Pardiez! El coronel Galaty es de los nuestros. Así pues, ocupémonos de los Coucini... ahí están... cada uno a su puesto... La Chesnaye á la primera puerta con Persan... Marcillac y Morsains á la entrada del patio de los Suizos... Saint-Geran, De Souvré y los otros, arreglados á lo largo de las gradas... Todos con aire indiferente.

SAINT-GER. (*Desde el fondo.*) El mariscal acaba de entrar en el Louvre, y Tavanne ha hecho cargar los mosquetes á su compañía.

VIT. Ahora vosotros, esperad la señal... yo la daré. (*Va á colocarse al último escalon de las gradas. Los caballeros han ejecutado sus instrucciones con el mayor silencio. Coucini llega en seguida acompañado de Villars Houdan, de Tavanne, de Tiange, y de otros partidarios suyos. Coucini parece muy alegre y ríe á carcajadas.*)

ESCENA III.

Dichos, COUCINI, VILLARS-HOUDAN, TAVANNE, TIANGE *y cortesanos, partidarios del mariscal.*

COUC. Ah! ah! ah! Por Bacco! Ese Bassompierre ha sido siempre un truan .. Buenos dias. (*Los cortesanos llevan la mano á su sombrero.*) Es preciso que os cuente lo que me decia Tavanne. Ya sabeis que Bassompierre ha tenido en el juego una dicha insolente contra M. de Guisa, sobre todo, a quien le gana cincuenta mil escudos por año; figuráos que la otra noche, Madama de Guisa le ofrecia viente mil escudos de renta vitalicia, si se comprometia á no jugar más contra su marido. «Ah! á fe mia, respondió nuestro hombre, no señora, porque saldria perdiendo demasiado!» Já, já, já, ¿No es cierto, que la respuesta fué chistosa?...

TAV. (*En voz baja.*) ¿No advertís, monseñor, que no se rien?

COUC. (*Riendo siempre.*) Es que Bassompierre les habrá tambien ganado su dinero... Esperadme aquí, señores; voy á hacer que ese reyezuelo firme mi nombramiento.. La regente tiene la debilidad de acceder á lo que quiere ese niño... y... lo que es esta vez, vive Dios, obtendré su firma.

TAV. Os juro, monseñor, que aquí estais en peligro. No vayais adelante; acabo de ver el cañon de una pistola debajo de la capa de M. de Persan.

COUC. Estás loco! (*Levantando la voz.*) Ah! señores, ¿sabeis lo que me dicen? ¿Qué conspirais contra mí. ¿Qué decis á eso M. de Vitry?

VIT. (*En lo alto de la escalera.*) Monseñor, se os acusa de que quereis apoderaros traidoramente del Louvre, y que vais á hacer de él una Bastilla para el rey.

COUC. Para gobernar este país, vale más una cabeza que el brazo de un niño. Ya sabeis todos que Luis no es más que un niño, y que siempre lo será. Así pues, gobernarémos en su nombre la Francia. (*Empieza á subir.*)

VIT. Tened cuidado, señor; el que quiere elevarse demasiado, suele caer más pronto.

COUC. (*Subiendo.*) Vive Dios! No retrocederé un paso, aunque no sea más que para ver hasta dónde puede llevar á un hombre la fortuna. (*Continua subiendo y llega cerca de Vitry.*)

VIT. (*Poniéndole una mano en el hombro.*) Tengo órden de prenderos.

COUC. (*Echando mano a su espada.*) A mí!

VIT. O de mataros si resistís.

COUC. ¡Resistiré! A mí! Villars! Tavanne!

VIT. Muere pues, rebelde! (*Le tira un pistoletazo; los otros cortesanos le atacan al mismo tiempo, rodando de escalon en escalon en medio de una nube de humo. Coucini, acribillado de golpes, cae muerto al pié de la escalera. Para que el efecto sea más sorprendente, habrá preparado un maniquí que represente a Coucini.*) Souvré id á decir al rey lo que hemos hecho. (*De Souvré entra en la cámara del rey.*)

TAV. Al asesino! A nosotros los hombres de armas! (*La escena se ve invadida por los soldados de Tavanne, y los cortesanos han echado mano á sus espadas.*) Soldados! Mueran los asesinos! (*Confusion general. En este momento, Leonora, saliendo del cuarto de la reina, aparece en la galería.*)

LEO. ¿Qué hay?

TODOS. La mariscala!

LEO. ¿A qué viene ese tumulto? ¿Esos gritos? ¿A qué esas espadas desnudas? ¿Qué pasa aquí? (*Empieza á bajar, y ve á Vitry en los primeros escalones.*) Respondedme, M. de Vitry! Hablad! (*Le coge del brazo.*) Ah! vuestra mano está manchada de sangre!

VIT. Cómo la vuestra lo estuvo anoche, señora!

LEO. (*Bajando y mirando los escalones, porque todo el mundo se aparta de ella.*) Y allí... allí... allí... en esas gradas... sangre... más sangre!

VIT. Cómo en las gradas del Calvario de los Inocentes!

LEO. Oh! Dios mio! Dios mio!

TAV. (*Colocándose vivamente entre ella y el cadáver.*) No os acerqueis, señora, no os acerqueis!

LEO. Seguiré hasta el fin esta huella! Dejadme! dejadme! ¿Qué oculta esa capa?

TAV. No os quedeis aquí, señora... dejadnos vengarle!

LEO. Vengarle! ¿A quién?... Pero á quién?... (*Levanta la capa.*) Ah! le han matado!... (*Cae de rodillas junto al cuerpo de Coucini.*)

TAV. Venganza! Venganza!

VIT. (*Desde lo alto de la galería.*) El rey, señores, el rey! (*Aparece Luis por la izquierda, seguido de Galaty y de algunos oficiales.*)

ESCENA IV.

Dichos, EL REY, DE SOUVRÉ, GALATY, *oficiales*.

(*Al ver al rey, todas las espadas se bajan y todas las frentes se descubren.*)

LUIS. (*Con firmeza.*) M de Vitry no ha hecho sino lo que le habiamos ordenado, y declaramos traidores y rebeldes á todos los que obedezcan otras órdenes que las nuestras. La reina madre partirá esta noche para nuestro castillo de Blois; la regencia ha concluido, nuestro reinado empieza!... Olvidarémos lo pasado, y tendrémos por buenos y fieles súbditos á todos los que vengan á nosotros!... Señor mariscal de Vitry, y vosotros, señores, venid á recibir las órdenes del rey. (*El rey entra á la derecha, seguido de Vitry y los suyos que gritan viva el rey! Viva Luis XIII! Los partidarios del mariscal que vacilaban al principio, siguen el movimiento, y suben tambien las gradas.*)

VILL. (*A Tavanne.*) Hagamos como todo el mundo, Tavanne. (*Sube tambien la escalera. Tavanne ha quedado solo, de pié, detrás de la mariscala, que absorta en su dolor no ha visto ni oido nada de lo que ha pasado.*)

LEO. (*Levantando la cabeza.*) Sola... sola junto á este cadáver... abandonada... abandonada de todos... Oh! Cobardes! Cobardes!

TAV. Os lo debo todo, y me he quedado, señora. Pero la noticia de vuestra ruina es ya conocida. Ois esos gritos ahi fuera?

LEO. Qué me importa á mí eso?

TAV. No ois que la multitud grita: al palacio de Ancre! No habeis dejado en él nada, señora?

LEO. Ah! María, mi hija... mi hija! A quien matarán como lo mataron á él!...

TAV. Vuestro deber es protegerla, defenderla... Venid, venid, señora.

LEO. Sí, sí, vamos, Tavanne, vamos. Pero yo no puedo dejar así el cadáver de mi marido! No, no, no puedo!!!

TAV. Y vuestra hija, señora? Pensad en vuestra hija!

LEO. Sí, sí, él mismo, sí pudiere hablar, me diria: «Salva á nuestra Maria, salva á nuestra hija!» (*Besando la frente de Coucini.*) Para tí todas mis lágrimas! Para María toda mi sangre!... Al palacio de Ancre, Tavanne, al palacio de Ancre!

CUADRO SEXTO.—EL TESORO DE LA MARISCALA.

Una habitacion del palacio de Ancre.—Puerta al fondo.—Dos puertas á la izquierda.—Ventana grande practicable á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA COUCINI, *luego* PIETRO.

MAR. Mucho tarda Pietro en volver, y empiezo á inquietarme... Con tal que lo haya conseguido... (*Viendo entrar á Pietro.*) Ah! Y bien?

PIET. He ejecutado vuestras órdenes, señora.

MAR. Sin ser descubierto?...

PIET. Sí, señora.

MAR. Gracias!

PIET. Pero ya no me atreveré á volver á presentarme ante la mariscala, ni arrostrar la cólera del amo.

MAR. No esperes que esa cólera estalle; sólo me alcanzará á mí. Toma estos anillos, este collar, y parte... parte pronto... (*Vase Pietro.*) Me perdonará mi madre? No sé cómo me he atrevido á hacer eso... Mi conciencia es la que ha hablado, mi corazon el que me ha impulsado á ello; y al obrar así, he pensado en él sobre todo, en él, á quien no debo volver á ver. (*Murmullos y gritos.*) Qué gritos son esos? Por qué se reune tanta gente ante el palacio?

VOCES *dentro*. Mueran los Coucini!

MAR. Ah! siempre el insulto! Siempre el odio!... (***Entra la mariscala con los cabellos en desórden, y los vestidos igualmente.***)

ESCENA II.

MARÍA, LEONORA.

LEO. María!

MAR. Madre mia! Madre mia! Qué teneis? Qué ha pasado?

LEO. (*Abrazándola.*) Hija mia, hija mia, no te alarmes, no tiembles asi... Estamos en desgracia... el rey nos destierra... nos amenaza la sedicion... pero Tavanne me ha prometido defender este palacio, y por grande que sea el peligro, lucharémos... lucharémos... Hija mia, mi querida hija... mírame, abrazame... Ay! necesito de tu ternura!

MAR. Madre mia, habeis llorado, llorais aún?...

LEO. Ah! no te he amado bastante, María! Qué amargamente se siente en la hora suprema, todo lo que se ha desconocido!... Cómo se comprende todo el precio de las alegrías perdidas! Cuán insensata he sido!... He consagrado mi vida á la ambicion, en vez de dártela á tí, María!

MAR. Oh! no, habeis sido siempre para mí la mejor de las madres!

LEO. No, Maria, no; oh! pero el porvenir es nuestro... iremos á Florencia, y allí, en nuestro bello país, viviré-mos, una para otra!

MAR. Y mi padre no vendrá con nosotras?

LEO. Tú... padre?

MAR. Tarda hoy tanto!

LEO. Oh! tranquilízate... pronto... vendrá. (*Explosion de gritos y detonaciones.*) No temas nada, te digo, y quédate aquí, á mi lado, en mis brazos, y sobre mi corazon!... Tavanne está ahí, y nos facilitará la fuga.

MAR. Ois esos gritos de amenaza? Pero, qué quieren esos hombres? Qué piden?

VOCES. (*Dentro.*) Margarita! Margarita!

LEO. (*Con alegría.*) Margarita!... ah! La habia olvidado... Tal vez es nuestra salvacion!

MAR. Nuestra salvacion!

LEO. Si, ahora tengo represalias.

MAR. Represalias?

LEO. La vida de esa mujer me responderá de la tuya. Ahora yo seré la que amenace!

MAR. Madre mia... madre mia... esas represalias no las teneis ya.

LEO. Qué dices?

MAR. Margarita no está en palacio.

LEO. Me ha hecho Pietro traicion?

MAR. No, no ha sido Pietro, he sído yo.

LEO. Tú?

MAR. Perdonadme, madre mia... esa mujer me protegió, y yo he tenido lástima de ella.

LEO. Y ellos no la tendrán de tí, desdichada niña!

ESCENA III.

Dichos, TAVANNE.

TAV. (*Entrando con un* ***mosquete en la mano.***) Señora, toda resistencia es imposible... La muchedumbre ha destrozado las puertas de palacio, y ha invadido el pa-

tio de honor... Dentro de un instante entrarán aquí... Mirad!

Leo. (*En la ventana.*) Oh! sí, estamos verdaderamente perdidos, porque entre esa muchedumbre le he visto... sí, es él... el enemigo implacable de nuestra casa...

Tav. Enrique!

Mar. Enrique! ah! viene á salvarnos!

Tav. Corre... ya se acerca... agitando un pergamino por encima de su cabeza!

Leo. Nuestra sentencia de muerte sin duda!

Tav. No la traerá! (*Le dispara.*) Ha caido.

Mar. Ah! (*Se desmaya.*)

Leo. María... hija mia!... desmayada... moribunda... Oh! Dios mio! Dios mio!

Tav. Escuchadme, señora, sólo hay para vos un medio de salvacion... Ya sabeis que yo poseia la confianza del mariscal, y el palacio de Ancre no tiene secretos para mí... Por este lado existe un pasaje subterráneo, que conduce al rio; una barca está siempre pronta en su orilla. Por ahí es preciso huir!

Leo. Sí, partid con ella, Tavanne, salvadla al menos... Si yo la acompañase recaeria sobre ella y sobre mí todo el odio implacable de ese pueblo... (*Gritos dentro.*) Ois?... el estupor de la multitud ha reemplazado á la rabia... Con ayuda de mis florentinos, cuyo valor excitaré con mi presencia, defenderé el terreno palmo á palmo. Necesitais menos de cinco minutos para poner á María al abrigo de sus golpes... Pues bien, los tendreis, Tavanne, por mi vida os juro que los tendreis! (*Vase.*)

Tav. Vamos... (*Va á abrir la puerta del subterráneo; pero acogido por una descarga, sólo tiene tiempo para volver á cerrar la puerta.*) Han descubierto ese paso!... A dónde llevaré á esta niña? Dónde la oculto?... ah! aquí! aquí! (*Toca el resorte de una salida secreta, donde oculta á María.*) Aquí estará segura!... Ahora á la mariscala! (*Va á salir, y se encuentra con Curtois y Drapier que entran por la ventana.*)

ESCENA IV.

Leonora, Santiago, Curtois, Drapier, *hombres del pueblo.*

Curt. Bien decia yo que entraria el primero!

Drap. Un hombre!... ah! ya le conozco! Es el que disparó á Enrique! (*Hace fuego sobre Tavanne que cae.*) Pero yo tendré mejor puntería que él.

Curt. Victoria! victoria! (*La habitacion se ve invadida por todas partes.*)

Todos. La mariscala!

Leo. (*Entrando y riendo á Tavanne en tierra.*) Tavanne! Muerto! Y María? dónde está María? Ah! habrá huido por aquí sin duda! (*Se coloca delante del cuarto de María.*)

Drap. En fin, ya tenemos á la Galigay!

Leo. Qué quereis? Qué pedís? (*Hallándose enfrente de Santiago con una multitud de pueblo que perseguia á Leonora.*)

Sant. Y Margarita? Qué has hecho de Margarita, miserable?

Todos. Margarita!

Leo. Esa mujer no está en mi poder.

Sant. Entonces tú la has matado!

Leo. Yo! yo!...

Sant. (*Señalando el pecho ensangrentado.*) Un asesinato más, qué es eso para tí?

Leo. No, no, yo no soy culpable, os lo aseguro!

Sant. Mientes!

Leo. Lo juro!

Sant. Mientes!

Leo. Os lo juro por la vida de mi hija!

Sant. De tu hija?... Tienes una hija, no es cierto? La habiamos olvidado!... María Concini nos servirá de rehenes!

Todos. Sí, sí!

Leo. Ah! Dios mio! Dios mio! Van á matarla!

Drap. Tu hija! Danos tu hija.

Todos. Sí, tu hija!

Leo. Deteneos, demonios, deteneos!

Sant. Allí debe estar! (*Leonora retira vivamente la llave que oculta.*)

Drap. Necesitamos la llave de esa puerta!

Leo. No, no!

Courc. Bien, bien, no tenemos necesidad de ella. (*Dando con la culata de un mosquete.*) Esto es mejor que nada.

Leo. Pues bien, no, mientras yo viva no pasareis! Oh! Encarnizarse así, toda una multitud, contra una pobre niña... Y otros que sois hombres!... Matadme á mí, no opondré resistencia, pero dejadla, dejadla!

Sant. Palabras perdidas, señora... en otro tiempo yo era bueno, porque amaba á Margarita, y la tenia siempre á mi lado; pero ahora que la he perdido, ahora que la has matado... devolveré el mal por el mal... Vamos, paso... oh! Es preciso que yo halle á Margarita muerta ó viva! Vamos, plaza á Santiago Bonhomme!

Leo. Gracia, gracia para mi hija! (*Santiago la aparta con violencia, y entra seguido de algunos hombres.*) Ah! Perdida! Perdida!

Drap. (*Saliendo.*) Nadie!

Leo. (*Aparte con alegría.*) Nadie! Habrá podido ganar la capilla!

Drap. Oh! Pero por bien que la hayas ocultado, sabremos encontrarla. Bah! Aunque debiésemos pedir á las llamas que nos la entregasen!

Leo. A las llamas!

Drap. Vamos, fuego al palacio!

Todos. Sí, sí, fuego!

Leo. Fuego! (*Aparte con inspiracion.*) Ah! Todavía me queda una esperanza! (*Alto.*) Valor! devorad tambien en esas ruinas humeantes, el tesoro de los Concini!

Drap. Hé! Qué dice?

Leo. Digo, que en un sitio que yo sola conozco ahora, hemos reunido montones de oro y de pedrería; que hay con ellos para comprar un reino, y que todo ese oro, todas esas riquezas estoy pronta á entregároslas... Eso es lo que digo... y ahora sois libres de hacer del palacio de Ancre un monton de ruinas y de cenizas!..

Todos. El tesoro! El tesoro!

Leo. Pues bien, tomadlo todo! (*Haciendo mover el resorte de la salida secreta.*) Allí está! (*Courtois y Drapier seguidos de otros penetran en el escondite.*)

Leo. Ah! Al fin evité el peligro! Qué me importa perder ese tesoro si salvo á mi hija?.. (*Oyese un grito de María en el escondite.*) María! Justicia divina! Y yo soy quien la entrego, quien la mata!.. pero no! es imposible! (*Saltando como una leona, y apoderándose de María, que aparece.*) Venid ahora á arrancarla de mis brazos, miserables!

Todos. Muera! Muera!

Enr. (*Corriendo.*) Deteneos!

ESCENA V.

Dichos, Enrique, Vitry, *guardias.*

Todos. Enrique!

Leo. Vive aún!

Enr. Deteneos! María Concini es libre! Aquí teneis su perdon escrito y firmado de mano de Luis XIII.

Vit. Si el rey perdona, tambien sabe castigar. (*Señala á Leonora.*) Esta mujer á la Bastilla!

MAR. Mi madre! Madre mia!

LEO. María... mi querida hija! (*La cubre de lágrimas y besos.*) Adios, adios, perdóname... ruega por mí! hija mia! hija mia! (*Los soldados se la llevan. Vitry vase con ella. Algunos hombres del pueblo se agrupan alrededor de María que Enrique ha recibido en sus brazos.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, MARÍA, SANTIAGO, *despues*, MARGARITA.

SANT. (*Entrando.*) Nada... nada! Margarita, mi querida Margarita... todo ha concluido!.. No te volveré á ver más! Nunca! nunca!

MARG. (*Dentro.*) Santiago! Santiago!

SANT. Esa voz! Es la suya! Es una ilusion! Es un sueño!

MARG. (*Idem.*) Santiago!

SANT. No, no, es verdad, la oigo... Ah! Dios mio! Dios mio! por aquí....

MARG. (*Entrando.*) Santiago!.... mi buen Santiago!.... (*Se arroja en sus brazos.*) Una vez libre, corrí á buscarte por todo el barrio, hasta que me indicaron dónde estabas, y aqui estoy!

SANT. Pero á quién debes la libertad?

MARG. A ella! (*Señalando á María.*)

SANT. Ah! Y yo la amenazaba! Pobre niña!

ENR. Ya abre los ojos!.. (*María mira á su alrededor con extravio, y los fija en Margarita sonriendo.*)

MAR. (*Con voz débil.*) Ah! madre mia! (*A Margarita cuyas facciones toma por las de su madre. Cae desmayada.*)

MARG. Pobre niña! Si Dios me ha dado las facciones de tu madre, él me dará tambien su corazon para amarte. (*Oyese dentro ruido de música y tambores.*)

SANT. Qué ruido es ese? (*Va hácia la ventana grande del fondo.*) Ah! Es la comitiva de toda la córte y los heraldos de armas con nuestro buen rey Luis XIII á la cabeza, que se dirigen en procesion á Nuestra Señora, para que atraiga sobre su reinado la bendicion divina.

ENR. Valor, María. (*A María que ha vuelto en sí.*)

MAR. Lo tendré Enrique, pero tal vez me falten las fuerzas.

ENR. Dentro de algunos instantes habrémos dejado todos esta ciudad, que sólo tiene para nosotros tristes recuerdos.

MAR. Que yo me destierre es muy natural... pero vos, Enrique!.

ENR. Yo no puedo ya separarme de vos... de Margarita... de Santiago... no sois todo lo que yo amo en este mundo?

SAN. Y vos, Margarita, qué me decís?

MARG. Yo, mi querido Santiago, os digo que seré vuestra, como os lo habia ofrecido, y os amaré como mereceis que se os ame. Pero nos irémos á nuestras montañas, léjos, muy léjos de Paris.

SANT. Oh! Sí, muy léjos, para no volver á separarnos. (*Oyense aclamaciones. Marcha militar.*)

VOCES. Viva el rey!

OTRAS. Viva!

ENR. (*A todos.*) Santiago, María, mi buena Margarita, vamos á ver pasar quizá por última vez, al hijo del rey Enrique... (*Se agrupan todos á ver desfilar el cortejo.*) (Adios, hermano mio, para tí el brillo y el poder... para mí la oscuridad!)

MARG. (*Bajo señalando á María.*) Y la dicha, Enrique. (*Oyense cañonazos. Las campanas tocan á vuelo. La música militar sigue tocando su marcha interrumpida. Cuadro.*)

FIN DEL DRAMA

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.